



Relatos

EL ALMA DE MI MÚSICA

Priscila Serrano

Relatos

EL ALMA DE MI MÚSICA

Priscila Serrano

Título: El alma de mi música.

©Priscila Serrano

Diseño de cubierta y maquetación: Roma García

De la imagen de la cubierta: Adobe Stock. ©

Todos los derechos reservados. Bajo sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

*A mi hijo,
el alma de mi música...*



A lo
cubano

INTRODUCCIÓN

Hola, mi nombre es Azucena. Sí, tal y como estáis leyendo. No, yo tampoco entiendo qué les pasó a mis padres para ponerme este nombre cuando nací. No sé si fue la luna que los puso tontos o estaba nublado... En fin, ¿qué más da eso ya? Ya no hay vuelta atrás.

Seguiré con la presentación antes de que me líe a criticar a mis padres y me quede sola.

Bueno, soy de Málaga, andaluza de pura cepa y patosa, muy patosa. Os preguntareis qué tiene que ver una cosa con la otra... Pues nada, pero ya que estoy os cuento mi vida ¿no? Si no ¿para qué escribo esto?

Tengo una vida normal... Vale, quien dice normal, se refiere a que tengo un negocio y un piso con ocupa. Mi hermano Jorgito, otro nombre al que hay que agradecerles a nuestros amorosos padres, vino a mi casa porque se peleó con nuestro padre. Cosa que entiendo, dada la situación.

Bueno, no me quiero enrollar mucho que si no os veo dejando la historia de lado y no quiero.

Solo os puedo decir que mi historia es graciosa, muy graciosa y llena de aventuras, muchas aventuras... Si queréis saberlo todo, todo, todo, no paséis de ella y leerla hasta el final.

Recordad, no es mi vida completa, solo una parte de ella, pero lo suficiente para que os echéis unas risas con mis desgracias.

CAPÍTULO 1

—No me puedes estar pidiendo eso —le dije, rodando los ojos—. ¿Cómo se te ocurre? No tengo ni puñetera idea de cómo se baila eso. ¿Cómo se llama? Ah, sí, salsa.

En la vida nadie me había propuesto tal cosa. ¿Cómo se suponía que me iba a poner delante de tantísima gente para hacer el ridículo? Este tío era tonto y en su casa no se habían dado cuenta. Lo gracioso es que su casa era la mía.

Mi hermano Jorge era un tipo guapo, “buenorro” como yo le decía y bailarín de salsa. Bueno, de salsa, bachata, merengue... Era un experto en todo lo relacionado con el baile latino, pero no lo era cuando trataba de enseñarme a mí. Yo era patosa, una negada total para bailar cualquier cosa. Claro que ahí no estaba el problema. Resulta que el señorito tenía que presentarse a un concurso de bailes latinos, vete a saber dónde. No puse mucha atención cuando me lo contó, puesto que mi mente solo grabó: «*Hermanita de mi alma, la más bella de todas las hermanas*». Claro, era la única que tenía el muy capullo. «¿*Quieres ser mi pareja de baile para...?*». Y hasta ahí puse mi oído. Después me explicó que su compañera Alexandra, se había roto el tobillo «Oh, qué pena. ¿Y a mí qué cojones me importa?», pensé. No tenía mal corazón y, aunque conocía a la muchacha, que por cierto me caía tan mal como una patada en el estómago, no le deseaba el mal.

—Por favor, por favor. Ayúdame... Solo te pido esto —me suplicó de rodillas, como si eso me hiciera cambiar de opinión.

Y sí, joder, eso sí que me hacía cambiar de opinión. ¿Por qué tenía que ser tan blanda? Si es que yo solita me metía en estos líos. ¡Joder! Que yo no

sabía bailar.

—Vale, vale... Joder, qué pesado —respondí negando y él sonrió complacido mientras se levantaba. Me cogió en brazos para después llenarme la cara de besos.

—Gracias, cariño mío. Verás qué bien te lo pasas, Azucena.

—Pero qué gilipollas eres. —Frunció el ceño, aunque sabía por qué se lo decía—. Sabes lo que odio que me llames Azucena —pronuncié poniendo los ojos en blanco, agotada.

—Así te llamas, ¿no? —Preguntó el tontaina de mi hermano.

—¿Quieres que te llame Jorgito? —Amenacé.

Sabía lo que le jodía que lo llamara así y siempre que teníamos oportunidad, nos tirábamos pullitas con los preciosos nombres que nuestros padres nos habían puesto. Siempre pensé lo a gusto que se quedaron al elegirlos. Aunque ¿qué se podía esperar de Doña Pepa y Don Pepe? Sí, como habéis leído. Mis padres son Pepe y Pepa. Si es que Dios los criaba y ellos se juntaban.

Mi hermano fue a la cocina para preparar la comida, mientras que yo me quedé tirada en el sofá, pensando cómo cojones iba a aprender bailes latinos en solo un mes. Sí, en un maldito mes. No podré salir, no podré vivir, no podré trabajar. Ah no, eso sí que podré. Más que nada porque si no, no comíamos porque mi hermano estaba en paro, el muy gandul. Yo era la que mantenía el apartamento que compartíamos. Antes vivía sola, pero mi hermano se me acopló un día que discutió con mi padre. Vino diciéndome que serían dos días y aquí está desde hacía ocho meses, ocho cansinos meses en los que yo lo hacía todo. Menos hoy que como quería un favor, me estaba preparando el almuerzo. Era un interesado, descarado, cara dura, gilipuertas. Lo tenía todo,

pero así lo quería. Si es que era tonta, pero una tonta feliz, al menos no vivía sola.

Minutos después, salió de la cocina con dos platos. No sabía qué había preparado, aunque ni siquiera sabía que mi hermano cocinaba y con lo poco que había tardado, ni quería imaginar que hizo.

—Ya está lista la cena, Azuce...

—Para, que te lanzas a la piscina y si no quieres ahogarte, cierra la boca —intervine antes de que metiera la pata de nuevo.

—Perdona... Ya no te diré más “Azucena” —dijo mi nombre rápido.

—Ves... Después no quieres que te diga, gilipollas, neandertal, capullo, estúpido...

—Para, que te lanzas a la piscina y si no quieres ahogarte, cierra la boca —me imitó y ambos soltamos una carcajada.

Puso los platos en la mesa y me quedé con la boca abierta al ver que había preparado pasta. ¡Pasta! Sí que cocina bien. Y yo que pensaba que me haría huevos rellenos. En fin, nos comimos el gran almuerzo que él preparó y cuando terminamos de recoger todo, nos sentamos en el sofá para ver la tele. Al ser sábado, estaba de descanso así que no me echaban de aquí ni con agua caliente.

—Entonces, ¿bailaras conmigo? —Me preguntó de nuevo, como si no le hubiera quedado claro mi respuesta de antes.

—Vamos a ver, Jorge, no sé bailar. ¿Es que quieres perder la competición y hacer el ridículo? Porque si es así, me apunto —referí sin apartar la vista del programa que estaban televisando. Uno muy divertido, por cierto.

—Vale, te mueves peor que un elefante pidiendo cacahuetes, pero pon de

tu parte y aprende.

—¡Falta un mes! ¿Te has vuelto loco? En un mes no serás capaz de hacerme bailar ni los pollitos, cariño —exclamé y soltó una carcajada.

Es que no se enteraba que no era buena en el baile. Joder, si cuando era pequeña no me querían ni de animadora. Qué mal lo pasé, pero eso no era nada. En el instituto, el chico que me encantaba me invitó a un baile que hicieron en primavera. Era el primer baile al que asistía y solo porque estaba enamorada hasta las trancas de mi acompañante. No hubo peor noche en mi vida que esa. Me sacó a la pista pensando que bailaba bien y cuando comenzó la canción *Oye el boom* de David Bisbal —canción que me encantaba, todo hay que decirlo—, me emocioné tanto que no me di cuenta del ridículo que estaba haciendo. Me agachaba, me golpeaba el pecho cuando decía: *Boom, boom, boom, boom. Late mi corazón*. Todos los ahí presentes me grabaron y subieron el vídeo a *YouTube*. Falté a clase durante una semana entera y, aun así, no se olvidaban de la chica que bailó y dejó en ridículo al chico del que estaba enamorada. Jamás me volvió a hablar.

—No seré yo quien te enseñe, es imposible hacerlo. Ya lo intentamos hace tiempo. ¿Te acuerdas? —Se burló y puse toda mi atención.

Apagué la tele porque no me enteraba de nada y me di la vuelta para quedar frente a él.

—No quiero acordarme. ¿Y quién me enseñará? —Cambié de tema para evitar hablar de cómo hice que se torciera el tobillo y estuviera dos semanas sin poder bailar.

—El que me enseñó a mí. —Fruncí el ceño, intentando recordarle.

De pronto, mis ojos se abrieron tanto que se saldrían de las órbitas. Sí, no exageraba. Es que no era para menos. Sí quería que me enseñara Denis, el

cubano buenorro que me hizo suspirar cuando lo vi por primera vez moviendo el culo como... «Calla que te pierdes». En fin, que estaba más bueno que el pan, más bueno que las torrijas de mi abuela y mira que las torrijas estaban exquisitas. Claro, que ahora que lo pensaba, si no sabía bailar y siempre que lo hacía el ridículo está asegurado, ¿cómo tendría el valor de ponerme ante semejante monumento que movía el cuerpo como le daba la gana? Que si así se movía bailando, no me quería imaginar haciendo otras cosas. No quería hacer la payasa delante de él.

—No puedes estar hablando en serio. ¿De verdad será él quien me enseñe? ¿Lo sabe? —Estaba tan colorada que no se distinguía donde terminaba mi blusa roja y donde empezaba mi cara.

—¿Por qué te pones así? Él lo sabe. Y sí, no te preocupes, le he dicho que eres una auténtica negada para bailar.

—¿Solo para bailar? Creo que no sé ni caminar. Dios, qué vergüenza con ese hombre.

—Azu, deja de comportarte como una niña. Ni que Denis te gustara. —Abrí los ojos y lo miré—. ¿Te gusta? —Asentí—. No me lo puedo creer, Azucena.

—¿Que no me llames Azucena, gilipollas! —Grité como una posesa, aunque en realidad estaba así porque me había descubierto.

Desde el día que acompañé a mi hermano a la academia, me quedé prendada de él. Un tío de tez morena, pelo rizado, ojos verdes, labios carnosos y cuerpo de infarto. ¿Cómo no me iba a gustar? Que no supiera bailar no significaba que fuera tonta.

—Bueno, pues mejor, así pones más empeño por no quedar como una tonta que no mueve ni el pelo —habló mi hermano despertándome de mi sueño

perfecto, donde “Don músculos” era el protagonista.

—Jorge, haré todo lo que pueda, pero si te echan de la academia y de sus vidas, no me echas la culpa a mí después.

El día estaba siendo muy largo, demasiado. Yo seguía en la misma postura que llevaba desde que mi hermano se fue a su habitación. Me tumbé en el sofá y me puse todo el día a ver la tele, aunque no viera una mierda porque no me quitaba de la mente al cubano que se movía como quería.

CAPÍTULO 2

Me levanté cansada, me dolía ya la espalda de vagar todo el santo día. Me asomé por la ventana para ver qué tal estaba el día, ya que aún en primavera por la noche refrescaba un poquito. Ya estaba anocheciendo y nada era mejor que ver como el cielo de Málaga se iba apagando y las farolas despertando. Aspiré el aire y me relajé tanto, que no escuché a mi hermano.

—Azu. ¡Azu! —Gritó y me sobresalté.

Me di la vuelta y lo miré con el ceño fruncido. ¿Dónde iba? Estaba realmente guapo y no porque fuera mi hermano, pero lo era y mucho. Con unos vaqueros que se le ceñía su abultado... «¿Qué haces mirándole el paquete a tu hermano, degenerada?», me regañé y fingí la mejor de las sonrisas para disimular. Pero él no era tonto. O también podía ser que fui muy descarada.

—Vale, he elegido bien el pantalón —refirió y solté una carcajada poniéndome roja como un tomate.

—Sí, lo hiciste. ¿Dónde vas? —Pregunté, dudosa.

—Dirás vamos —respondió y enarqué una ceja—. Vístete, hemos quedado en el rincón cubano.

—¿Cómo que hemos quedado? Yo esta noche no pienso salir, estoy muy cansada —aseguré sentándome de nuevo en mi muy cómodo sofá de mil euros. Sí, me había costado esa pasta.

—No seas perezosa.

—No lo soy. ¿Tú sabes lo que cansa la tienda? No, cómo coño lo vas a saber si no mueves ni un dedo. Bueno, perdona, que moverte sí que lo haces

pero no precisamente para trabajar —ataqué y cambió su cara a una de cabreo, pero me daba igual.

—Vale, haz lo que te dé la gana. Yo me largo, ahí te quedas... ¡Azucena de los cojones! —Gritó esto último saliendo del apartamento y pegando un portazo.

—Será gilipollas —me dije—. Joder. ¿Por qué seré así de tonta? —Me pregunté levantándome.

Me dirigí a mi habitación para elegir la ropa que me pondría. Sí, voy a ir para que al tonto de mi hermano no le dé un ataque. Una vez que elegí la ropa, fui al baño para darme una ducha rápida.

Y después de media hora, ya estaba metiendo el móvil y las llaves en el bolso, junto con mi cartera.

Ya en la calle, busqué un taxi y segundos después, aunque pareciera mentira, uno pasó por mi lado. Es que cuando necesitabas un taxi, no aparecía ni uno pero cuando no lo querías, veías veinte. Yo vivía en Ciudad Jardín y tenía que ir al paseo, más concretamente a la malagueta donde había varios pubs y, bajo un sótano, estaba el rincón cubano.

Cuando llegué, pagué al taxista que, por cierto, me costó la gracia ocho euros. «Vaya robo». Crucé la carretera y me dirigí hasta la puerta donde estaba el de seguridad. Era un gorila moreno que estaba muy bien y di gracias por haber elegido tan bien la ropa. Me puse una falda entubada de color negro con un body de encaje del mismo color, dejando a la imaginación lo que quisieran, pues no se me veía nada en realidad. Me dejé el pelo suelto y sin arreglar, pues lo tenía liso y cuando se me secara, lo tendría perfecto. No me había maquillado demasiado, solo un poco de rímel para resaltar mis ojos verdes y pintalabios rojo.

Pasé por su lado y sin preguntarme nada, me abrió la puerta para que bajara las escaleras con cuidado de no caerme con los tacones de medio metro, por supuesto. Aunque con lo patosa que era, seguro que me partía la crisma. Conforme iba bajando, la música latina se escuchaba cada vez más cerca y mis ganas de bailar aumentaban por segundos, pero no podía.

Entré en el local y a lo lejos, pude ver a mi hermano bailando con una mulata. Ojalá bailara yo como ella. Dios mío, cómo movía esa mujer las caderas. Sin que mi hermano se percatase, me acerqué poco a poco y cuando estuve tras él, le toqué el hombro y se dio la vuelta para ver quién era. Lo hizo y una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su rostro. Dejó a la muchacha con otro chico y centró su atención en mí.

—Lo siento —me disculpé dándole un abrazo que no pasó desapercibido para nadie.

—No pasa nada. Si mi cabreo mayormente era porque no quisieras venir a bailar con Denis. —Abrí los ojos, sorprendida—. Por cierto, tú también elegiste bien la ropa. Estás guapísima. —Sonreí y le di un beso en la mejilla.

Después de todo, lo quería muchísimo, era mi hermano pequeño. Solo le llevaba tres años, pero eran suficientes para hacerme más madura, ¿no?

Mi hermano me arrastró hasta la barra donde, como no, pedí un mojito. «Joder, que bueno está», pensé bebiéndome el primero de un tirón, provocando las carcajadas de mi hermano.

—Jeremy, ponme otro mojito que aquí la muchacha estaba sedienta —pidió mi hermano al camarero que, por el nombre, no era de aquí.

Le miré para cerciorarme y no, no era de aquí. Por su color, suponía que también sería de Latinoamérica. Jeremy puso otro mojito frente a mí y me guiñó un ojo.

—¡Vaya! Has ligado hermanita...

—¿Hermanita?! —Escuchamos tras nosotros.

Mi hermano y yo nos dimos la vuelta y tuve que soltar el vaso en la barra para que no se me cayera. Denis, el dueño de mis sueños húmedos desde hacía meses, estaba frente a mí. Me miró con una sonrisa ladeada, de esa que quitaban hasta el hipo y ya pensé que se me habían caído las bragas al suelo.

—Hola, hermano —le saludó mi hermano estrechando su mano.

Me fijé en cómo se le marcaban los músculos de sus brazos y las venas de sus manos se pronunciaban. Tragué saliva. «Dios mío», pensé abanicándome. Denis se acercó a mí lo suficiente para oler su colonia y desmayarme de una vez entre sus brazos. De aquí no saldría viva, lo estaba viendo venir.

—Hola, guapa —me saludó cerca, muy cerca ya que con la música, apenas nos escuchábamos.

Mis piernas temblaron y parecían gelatina. Este hombre me iba a matar. Seguí bebiendo sin dejar de mirarle ni un segundo. Mi hermano se lo estaba pasando en grande.

Entonces, mientras yo movía los pies sentada en uno de los taburetes, Denis bailaba con toda falda que se le pusiera por delante pero sin dejar de mirarme en todo momento, aunque pareciera mentira, pues no me lo creía. Busqué a mi hermano con la mirada y lo vi en una esquina comiéndose la boca con la mulata que bailaba con él cuando llegué. “Ala, ahí va el resultado de elegir bien los pantalones”. Sonreí como una tonta y, sin percatarme, una mano tiró de mí para llevarme a la pista.

Comencé a negar si saber aún quién me había sacado a bailar. Me estaba entrando el pánico y todos los recuerdos de los peores momentos de mi vida

fueron pasando por mi mente, uno a uno, amargándome la noche por completo. Estaba sonando una salsa y yo no sabía bailar eso. Bueno ni eso, ni nada. Cuando llegamos a la pista y me paré delante de quien me había sacado, la sonrisa de Denis me dejó congelada, anclada al suelo. No se movía, solo me miraba. Se acercó a mí y me dijo al oído:

—Déjate llevar. —Negué—. Sé que no sabes bailar, pero para eso estoy yo. —Negué de nuevo—. No tengas miedo, nena.

¿Nena? ¿Era su nena? “Vale, Azucena, no te hagas pajas mentales que solo te ha dicho nena, no que fueras suya”. Asentí como si estuviera hechizada. Entonces, una canción de Marc Anthony que yo conocía muy bien, comenzó a sonar. Se llamaba *Y hubo alguien en balada*.

De repente te da

Por volverme a buscar

Por hablar de los dos

Y salir a cenar

Tal parece que yo

Te hice falta de más

Que no fuiste feliz

Con tu otra mitad

Denis me cogió de la cintura y me pegó a su cuerpo, arrancándome un gemido lastimero desde lo más profundo de mi garganta. No sabía si me había escuchado, pero sí que me veía y sentía como mis mejillas ardían, avergonzada. Toda yo temblaba por su contacto y es que tenerle rodeando mi cintura con sus musculosos brazos, hacía que se me secara la boca. Estaba

estática en el suelo, pues me negaba a dar un paso por miedo a clavarle el tacón en el pie y él se dio cuenta. Entonces, me cogió de la cintura y me obligó a poner mis pies encima de los suyos. “Ala, tacón clavado”. Me pegó aún más a su cuerpo y comenzó a moverse, agarrándome con fuerza.

Y hubo alguien

Que se encargó de darme

Todo cada tarde

Que se moría por llenarme

De detalles y palabras amables

Jamás en mi vida había sentido lo que este hombre me hacía sentir. Mi cuerpo ya no era mío, no me pertenecía a mí, sino a él. En este momento estábamos solos, él y yo. O eso me parecía a mí. Susurrándome la letra al oído, una canción que me ponía los bellos de punta y que me encantaba. Me hizo temblar, me hizo delirar y parecía que yo estaba bailando, aunque no era así. La música acabó y se separó de mí unos instantes, clavando sus ojos verdes en los míos y sonriéndome de esa manera que hacía que te derritieras.

—Lo has hecho muy bien —me dijo.

—Yo no hice nada —respondí.

—Sí, te has dejado llevar como te dije. —Sonreí y me llevó a la barra para beberme otro mojito.

La noche estaba siendo de lo más divertida y bailé mucho, bueno yo no, sino él. Denis se encargó de que no me aburriera, más que nada porque mi hermanito se largó con la chica que se había ligado y me había dejado tirada. Menos mal que Denis fue todo un caballero y no me dejó en ningún momento, cosa que a una de las muchachas que había en la discoteca, no le hizo ni pizca

de gracia. “Que se joda, por calientabraguetas”. Se había pasado toda la noche meneando el culo delante de él, importándole una reverenda mierda que yo estuviera presente.

Eran las cinco de la madrugada y ya estaba cansada. Denis me miró, descubriendo un bostezo involuntario de mi parte y sonrió.

—¿Quieres irte ya? —Me preguntó y asentí—. Vamos, te acompaño.

—No, claro que no. —Me negué—. No vas a dejar todo esto y venir conmigo. Sigue divirtiéndote.

—Si tú no estás, ya no será divertido. —Me guiñó un ojo y cogió mi mano.

Nos encaminamos a la salida y el frío de la madrugada caló un poco por mi ropa, llegando a erizar mi piel. Denis se percató y pasó su brazo izquierdo por encima de mi hombro, dándome calor. Y lo que no sabía era que, con solo tenerle cerca, me ardía hasta el alma. Llegamos hasta el que parecía ser su coche, lo abrió y me ayudó a sentarme, ya que estaba un poco achispada. No sabía cuántos mojitos me había tomado, pero perdí la cuenta en el quinto.

Condujo en silencio por unos minutos que se me hicieron eternos, pues ahora que estábamos solos, sin música a todo volumen, podíamos escucharnos sin problema.

—Siento mucho si te fastidié la noche —exclamé, llamando su atención.

—No digas eso, no fastidiaste nada. Al contrario, hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien como hoy. —Enarqué una ceja, con una sonrisa bobalicona—. Te pones muy guapa cuando sonríes así. —Ahí venía el piropo.

—¿Cómo se supone que sonrío?

—Como si estuvieras enfadada, pero es solo que finges.

—¿Acaso sabes cuándo finjo?

—Aún no —respondió en un susurro casi audible.

Llegamos a mi edificio y paró justo delante de mi portal. Denis me miró sopesando qué hacer ahora. ¿Me iba a besar? No, seguro que no ¿Quién iba a querer besar a una mujer como yo, sin gracia?

CAPÍTULO 3

—Volveremos a vernos —dijo y me encogí de hombros—. No era una pregunta.

—Buenas noches, Denis —me despedí y le di un beso en la mejilla.

Después, y antes de que me quisiera dar otra cosa, me bajé del coche y me metí rápidamente y sin mirar atrás en mi portal. Una vez dentro, pegué la espalda en la puerta metálica con el corazón a mil por hora, como si fuera una locomotora. Estaba agitada, excitada, embobada... Todo lo que acabe con *ada*. ¿Enamorada? No, eso no. ¿O sí?

—Oh, cállate subconsciente —regañé a mi yo interior.

Caminé hasta el ascensor y entré, pero antes de que la puerta cerrase, mi hermano entró a toda prisa y casi arrastrando la lengua. Se ve que venía corriendo.

—¡Hombre, el desaparecido! —exclamé y ni me miró—. Encima no piensas decirme nada... Vamos, no me jodas, Jorgito.

—Vale, lo siento. No debí dejarte tirada pero vamos, creo que no me has echado mucho de menos o eso me han dicho. —Movié las cejas subjetivamente y le pegué un puñetazo en el hombro.

—No seas gilipollas. ¿Quién ha sido la chivata?

—¿Y por qué piensas que me lo dijo una mujer? —Preguntó acerado.

—Porque las mujeres somos así y más cuando viene una tipa nueva y se lleva al tío más bueno de la discoteca —referí cabreándome, aunque no tanto.

—Es verdad. Tienes razón en todo, menos en que fue una tía quien me lo contó —respondió justo en el momento en que la puerta del ascensor se abría.

Caminamos hasta la puerta de nuestro apartamento y entramos. Dejé el bolso tirado en el suelo de mala manera, me quité los tacones echándolos para arriba, intentando no romper nada, cosa que pasó porque uno de ellos chocó con un cuadro que había colgado en la pared con una foto de nuestros padres. El cuadro cayó al suelo y el cristal se rompió en miles de pedacitos. Joder, la que he liado.

—Ya estás liándola como siempre —habló mi hermano caminado hasta la cocina para coger el escobón.

—Lo siento... Es que a veces atino demasiado bien, casi sin darme cuenta. —Una risita se empezaba a escapar de entre mis labios y poco a poco, iba subiendo de decibelios, provocando carcajadas.

No sabía por qué me reía pero no podía parar, ya me dolía la barriga. Mi hermano se puso delante de mí y me miró con el ceño fruncido. Y yo, que era así de cabrona, le miré y me reí en su cara mientras me caía de culo.

—¿Y ahora de qué coño te ríes? Estás más loca que mamá —refirió, barriendo los cristales del cuadro.

—Uy, lo que me ha dicho. Serás cabrón. ¿Por qué me comparas con esa loca? —Estaba indignada, pero sin dejar de reírme.

—Es tu madre. ¿A quién te quieres parecer?

—A nadie. Yo soy única —aseguré intentando levantarme y fracasando estrepitosamente.

Cuando mi hermano terminó de recoger los cristales, se sentó a mi lado. Ya estaba algo más calmada, pero me tuve que obligar a no carcajearme de

nuevo por la cara que estaba poniéndome Jorgito.

—¿Cuántos mojitos has bebido?

—No sé... Puede que ocho. No lo recuerdo —dije al tiempo que mis ojos comenzaron a cerrarse y caí rendida contra el cuerpo de mi hermano.

El despertador de mi móvil comenzó a sonar y me negaba a despertar. La cabeza comenzó a latirme tan fuerte que pensé que me explotaría en cualquier momento. Me levanté con desgana, pensando en qué ponerme ese día para ir a trabajar... “Espera, si hoy es domingo”.

—Joder. ¿Por qué estaba puesto el despertador? No recuerdo programarlo para que sonara. —Miré el móvil y abrí los ojos desorbitadamente—. ¿Quién coño ha puesto el despertador a las nueve de la mañana un puñetero domingo? Pero si solo he dormido tres horas.

Entonces mi hermano entró a mi habitación, ya duchado y arreglado, con una sonrisa sarcástica que dibujaba su rostro al completo. Y, cómo no, él fue quien puso el maldito despertador.

—Buenos días, hermanita. ¿Has dormido bien? —Preguntó con aires de gilipollas, porque no era otra cosa.

—¡Me cago en tu puta madre! ¿Responde eso a tu pregunta, gilipollas? —Escupí todo sin pensar, pero es que estaba muy cabreada—. ¿A qué viene despertarme a esta hora, Jorgito?

—Ya empezamos. Muy pronto para hacerlo, Azucena —claudicó acercándose a mí con chulería.

Me quedé sopesando si pegarle una patada en los huevos, dejarlo chillar como una niña y acostarme a dormir de nuevo, pero lo pensé mejor y fui al

baño a darme una ducha para así despejarme porque en el estado en el que me encontraba sería capaz de arrancarle la cabeza. Sí, era así de bruta. ¿Qué hacía? No me gustaba que me despertaran un domingo, a no ser que fuera una emergencia y sinceramente no creía que fuera el caso de hoy.

Me duché con toda la tranquilidad que mi cuerpo necesitaba y después de al menos media hora, salí como nueva. Con el albornoz puesto, me dirigí a mi habitación y mi hermano aún me estaba esperando.

—¿Puedes salir para que me ponga algo cómodo? —Pregunté de la manera más calmada que pude.

—No. Tienes que vestirte que llegamos tarde. —Abrí los ojos, incrédula.

Nada, que seguía empecinado en salir a esta hora. ¿Pero qué quería este hombre ahora? Necesitaba descansar, expulsar todos los mojitos que bebí anoche y olvidarme un poco de todo. En realidad, no quería olvidar nada porque anoche todo fue perfecto. Suspiré bajo la atenta mirada de mi hermano y sonreí como una tonta al recordar a Denis.

—¡Vaya! Pues sí que te lo pasaste bien anoche —exclamó.

—Deja de burlarte y dime de una vez por qué me has despertado a esta hora... Y pobre de ti como sea una tontería —amenacé y sonrió complacido, como si hubiera conseguido su propósito.

—Vamos a ver, Azu. Ya sabes que falta un mes para el concurso y cuanto antes empieces, mejor. ¿No crees? —Me encogí de hombros—. Pues para eso te he despertado. He quedado con Denis en la academia, así que vístete que ya llegamos tarde.

—No pretenderás que vea a Denis hoy y así, ¿verdad?

—¿Así como? —Me señalé la cara—. ¿Qué le pasa a tu cara?

—Joder, Jorge. Que tengo cara de muerta. —Soltó una carcajada el muy capullo y se fue de mi habitación para dejar que me vistiera.

Una vez sola, me estrujé la mente pensando en qué ponerme. Quería que me viera guapa. Expulsé el aire de mis pulmones, cansada, y al final opté por unos pitillos negros con una camiseta larga de color verde militar que tapaba mi trasero; me calcé mis deportivas y una vez que me cepillé el cabello, me maquillé muy poco, solo para tapar las ojeras. Salí de la habitación, cogí mi bolso y sin decirle ni media palabra a mi hermano, crucé la puerta de casa y él vino detrás.

Estábamos en la puerta de la academia y estaba tan nerviosa que no podía caminar, quedándome anclada al suelo. Mi hermano me empujó y así pude llegar al interior, donde a cada paso que daba, la música era más fuerte. Sonaba una bachata de esas que, con solo pegarte a tu pareja, te hacía vibrar. “Cómo me gustaría bailar bien”. Llegamos a una habitación no muy grande. Ya había estado en este sitio, pero hacía tantos meses que no recordaba cómo era. Al fondo, cerca de los grandes espejos, estaba Denis con la mulata que se ligó mi hermano anoche. Bailaban muy pegados, no se sabía dónde terminaba un cuerpo y comenzaba el otro. Sentí celos, muchos celos, pues quería ser yo la que estuviera sobándose de esa manera con él.

Mi hermano carraspeó, ya que creía que él había sentido lo mismo que yo. Parecía que la chica le gustaba mucho. Denis se dio la vuelta, separándose de... ¿Cómo se llamaba? Oh, no lo sabía. Mi hermano no me la presentó anoche. Nos miró, bueno, me miró y una sonrisa se dibujó en su perfecta boca.

—Buenos días, hermano —saludó Jorge y después de estrechar su mano, se fue directo a la mulata para meterle la lengua hasta la campanilla.

—Hola, guapa. —¿Me estaba saludando a mí? Miré tras de mí para ver si había alguien más y se rio por mi ocurrencia. Era como escuchar el canto de una sirena—. Es a ti.

—Oh, es que como dijiste guapa, no estaba segura de que fuera a mí.

—¿Acaso no piensas que eres guapa? —Preguntó, acercándose.

—Bueno, ni fea ni guapa. Una mujer normal, del montón —expresé con voz temblorosa.

¿Por qué me ponía así con este hombre? Era como si para mí no hubiera nadie más que él, como si un imán me arrastrase hasta su cuerpo. Lo tenía cerca y ni siquiera sabía cuándo había avanzado. Subió su mano a mi mejilla y la acarició, erizándome la piel por completo y arrancando un suspiro de esos que decían: “Como sigas te como”. Sonrió con descaro al darse cuenta de lo que había provocado en mí y le seguí para que viera que conmigo tendría que ir con más cautela, aunque por dentro me estuviera muriendo por tener su cuerpo encima del mío.

—Yo te veo muy hermosa, nena —susurró en mi oído.

Me gustaba tenerle así, pero ahora que no estaba borracha como anoche, no me gustaba eso de que se tomara tanta confianza. Yo no era la nena de nadie y se lo haría saber.

—Yo. No. Soy. Tu. Nena —dije hincando mi dedo índice en su pecho con cada palabra.

Denis se carcajeó y yo le miré incrédula. ¿De qué iba? O sea, primero era su nena y ahora se reía de mí. Este no sabía con quién estaba jugando.

—Vale, vale. No volveré a decirte nena —respondió sin borrar su sonrisa.

Yo estaba derretida y cómo no estarlo. Sus labios curvados, aunque fuera por burlarse de mí, y cómo se le pronunciaban esos hoyuelos, lo hacían ver más juvenil, más sexy.

—¿Bailamos, nena? —Alcé las cejas sin saber qué decir.

—Habíamos quedado en que no me dirías nena —repliqué.

—Si me dijeras tu nombre, no tendría que llamarte nena.

—¿Acaso no recuerdas mi nombre? —Él negó sin borrar esa sonrisa socarrona—. Me llamo Azu.

—¿Azu, así sin más? —Preguntó divertido y asentí, avergonzada.

No quería decirle mi nombre y tenía que pensar algo rápido para salir del paso. Era Azu y así me tenía que llamar. Pobre de quién le contase que me llamaba Azucena. “Por Dios, qué nombre más feo. No lo aguanto”.

Denis seguía mirándome con las cejas alzadas, esperando una respuesta coherente de mi parte, pero ¿dónde estaba esa parte dentro de mí? No era así. No era normal y no pretendía serlo ni para él, ni para nadie.

—¿Me vas a decir de dónde viene Azu, o tendré que preguntar por ahí? —Insistió y suspiré, cabreándome.

—Qué pesado. ¿Pues de dónde va venir? ¡De Azúcar! —Grité, llamando la atención. Mi hermano, la mulata y Denis, al ver mi cara, se carcajearon y yo no sabía dónde iba a meter la cabeza.

Había pensado irme al baño, encerrarme ahí por horas o también podría meter la cabeza en el váter y tirar de la cisterna. Al menos así, las ideas de mierda como esta se irían por el desagüe.

Mi hermano y la chica se acercaron para poner música y hacer lo que

mejor se les daba, bailar. Y ahora que lo pensaba, ¿por qué cojones mi hermano no le pedía el favor a esta chica? Joder, con ella seguro que ganaba. Pero no, mi hermano quería que fuera yo, la patosa que no sabía ni mover el pelo, o como decía mi hermano: Me muevo peor que un elefante pidiendo cacahuetes. En fin, era un desastre andante.

CAPÍTULO 4

Mis ojos seguían clavados en Denis, que aún seguía partiéndose la caja conmigo. ¡Será gilipollas! Me acerqué a él y me puse justo delante, mirándole con altanería. ¿Qué se creía?

—¿Te hace mucha gracia? —Farfullé ceñuda y él asintió—. Pues yo no se la veo y no me gustan que se rían de mí.

—Es que has tenido mucha gracia. —Mis mejillas se tornaron rojas de lo cabreada que estaba y Denis se calló, dándose cuenta de lo molesta que estaba—. Vale, vale. Lo siento. No quería reírme de ti —aseguró más calmado—. Además, me he reído de lo que has dicho... Ahora en serio. ¿De qué nombre viene Azu? —Suspiré, resoplé y conté hasta diez, luego veinte y llegué a cincuenta para calmarme.

—Azucena. Me llamo Azucena. ¿Contento?

—Sí.

—¿Sí? ¿Es lo único que vas a decir? —Me sorprendí.

—¿Qué quieres que te diga? Me gusta tu nombre. Es bonito... Como tú —dijo acercándose peligrosamente a mí y tragué saliva.

¿Había dicho que mi nombre era bonito? ¿Cómo yo? No me lo podía creer. Este hombre estaba ciego, si no, no le veía sentido a tan vil mentira. De pronto, la música comenzó a sonar y era como si estuviera preparado, pues era la misma que bailé anoche con él. Agarró mi cintura sin darme tiempo ni a pestañear. Yo, como siempre, me quedé anclada en el suelo, pues no podía moverme. Si antes no movía ni un dedo por no saber bailar, ahora que tenía a

semejante hombre rodeando mi cintura, ¿cómo lo haría?

—Azucena, aférrate a mí como si fuera lo más importante de tu vida —susurró mi nombre y era la primera vez que no odiaba oírlo completo.

—No... No puedo —titubeé nerviosa.

—Confía en mí —pidió—. Haré que olvides todos tus miedos —aseguró y me dejé llevar, hipnotizada.

Sin saber, sin tan solo esperar, mis pies comenzaron a moverse de una manera diferente. Aún me costaba pero, poco a poco con sus indicaciones, ya no parecía un pato mareado. Estaba impresionada por lo que él, con solo susurrarme al oído, podía conseguir de mí, cualquier cosa que se propusiera.

Dos semanas, dos intensas semanas en las que pasaba más tiempo con Denis que en mi propio trabajo. Menos mal que era mi propia jefa, así que como aún no había cogido las vacaciones, decidí que este mes tan largo sería el tiempo perfecto. Claro que yo quería viajar o salir a divertirme, todo eso antes que aprender a bailar para ayudar a mi hermano. Las cosas nunca eran como tú querías y, aunque no estaba en mis planes, no los cambiaría por nada en el mundo. Me encantaba pasar tiempo con mi cubano de ojos verdes. Puede que estuviera perdiendo un poco la cabeza por alguien que lo único que estaba haciendo, era ser amable aunque a veces me demostraba otra cosa.

Me levanto como cada día con una sonrisa en mi cara, pensando qué ponerme porque lo vería de nuevo. Ya no era por mi hermano, ya no era por ser una buena hermana y ayudarlo en algo que era tan importante para él. Ya era por mí, por lo que yo sentía y por lo que Denis hacía. Mi día a día era diferente, más divertido de lo habitual y más llevadero y mi hermano había notado mi cambio. Ya no peleaba tanto con él y eso era de agradecer.

—Azucena, ¿estás despierta? —Preguntó mi hermano pegando en mi puerta.

—Sí, ya salgo —respondí y después de terminar de ponerme los zapatos, salí de mi habitación encontrándome a mi hermano con una sonrisa de oreja a oreja y levantando las cejas sugerentemente. “¿Qué le pasa?”

—Hola —me saludó sin borrar esa sonrisa de capullo. Alcé una ceja mientras arrugaba la frente. “Sí, se puede hacer las dos cosas a la vez, al menos yo puedo”—. Te has puesto muy guapa, ¿no?

—Corta el rollo, Jorge.

—¿Qué pasa que solo Denis puede decirte guapa? —Se apresuró a preguntar, como si con decirlo a esa velocidad no lo fuese a escuchar.

—Mira que eres gilipollas —le insulté, exasperada.

—¡Por fin, señor! ¡Mi hermana ha vuelto! —Se puso a gritar mirando al techo.

A este no le faltaba un tornillo, sino una ferretería entera. ¿Qué coño le pasaba? Joder, ni que hubiera cambiado mi forma de ser porque me haya enamorado de Denis... ¿He dicho enamorado? ¿Me he enamorado de Denis? Me sonrojé con solo pensarlo y mi hermano se estrujó la cabeza, como si se hubiera dado cuenta de algo o, en su defecto, estuviera buscando algo ahí dentro.

—Joder, joder. Hasta te has sonrojado. Seguro que estabas pensando en él —aseguró, llevándome hasta el sofá y obligándome a sentarme a su lado—. Azucena. Azucena. Azucena —repitió mi nombre y ya estaba a punto de darle de hostias—. Esto es peor de lo que pensaba.

—Vamos a ver, Jorgito de los huevos. ¿Por qué repites mi nombre?

Además, ¿qué te pasa conmigo? Estás más tonto de lo habitual. ¿Te has peleado con tu mulata? —Pregunté como si nada, con toda la tranquilidad que no sabía que tenía.

—Te he dicho Azucena tres veces... Bueno, cuatro con esta y no me has matado, no me has sacado los ojos. ¿Qué te pasa? —Tocó mi frente con preocupación, comprobando si tenía fiebre o algo.

Desde luego que mi hermano había perdido la cabeza del todo. Tampoco es que cada vez que dijera mi nombre lo fuera a matar, al fin y al cabo, me llamaba así ¿no? Joder, joder. Mi hermano tenía razón. ¿Qué me pasaba? ¿Estaré enferma? Si con solo decir mi nombre antes me daban escalofríos y ahora era como si escuchara un poema de amor. ¿Amor? Otra vez. Creo que estoy enamorada y mi hermano también lo sabe.

Negué levantándome del sofá con la clara intención de irme y dar por zanjado un tema que me daba miedo porque ¿cómo me iba a enamorar de alguien que solo me ayudaba? Denis no era hombre de una sola mujer y lo había comprobado en estas dos semanas que habíamos pasado juntos. Cada día venían mujeres a la academia, a cual más hermosa. No como yo. Una mujer sencilla, patosa y con mal carácter. ¿Quién se iba a fijar en alguien como yo?

—Te has enamorado de él, ¿verdad? —Me preguntó antes de que saliera a toda prisa de mi casa. Me di la vuelta y volví a sentarme a su lado.

—Hasta las trancas —respondí en un susurro casi audible.

—¿Y por qué no se lo dices? Haz algo —inquirió y abrí los ojos, sorprendida.

—¿Cómo se te ocurre? No puedo hacer eso. Él no se fijaría en mí, solo es un amigo que intenta ayudarme —dije más para mí que para él.

—Si eso es lo que piensas, allá tú, pero está claro que tú no le eres indiferente. Te lo digo yo que sé de qué hablo. —Me levanté nerviosa, intentando comprender lo que mi hermano decía, aunque estaba más claro que el agua. Cristalino.

No podía creer lo que Jorge me decía. Denis no se había fijado en mí, no al menos en la manera que mi hermano me insinuaba. Sin decirle nada más, salí de mi casa para por fin, ir hasta la academia. Solo faltaba una semana y media para el gran día, el día que mi hermano me necesitaría. Había aprendido algunos bailes y ya no se me daba tan mal. No podría decir que era la mejor bailarina del mundo, pero gracias a tantísimas horas aprendiendo, me defendía.

Tenía que dejar de pensar en Denis, solo así podría concentrarme y conseguir ser la mejor. Mi hermano me necesitaba y no podía fallarle y menos porque yo me hubiera enamorado de mi profesor de baile. Sí, me había enamorado de Denis, aunque creo que siempre lo estuve, solo que no me di cuenta hasta ahora.

Hoy me fui caminado, necesitaba pensar y aunque la academia estaba a media hora, no me venía mal ese tiempo para mí. De pronto, escuché el claxon de un coche pero no le hice caso.

—¡Azucena! —Gritaron tras de mí.

Me di la vuelta y ahí estaba él, Denis. Dejó el coche en doble fila y bajó para correr a mi encuentro. Cuando llegó hasta mí con la lengua fuera, recobrando el aliento, me miró y una sonrisa se dibujó en su rostro. “¿Por qué tiene que ser tan guapo? Podría haber sido feo pero no, tenía que estar más bueno que el pan”.

—¿Por qué no te diste la vuelta cuando te pité? —Preguntó cuándo estuvo

más calmado, al menos ya no se ahogaba.

—No te escuché —mentí.

—Mientes fatal, ¿lo sabías? —Sonrió y cada vez que lo hacía, me enamoraba más de él.

—¿Cómo sabes que miento?

—Tus ojos te delatan —respondió dejándome completamente alocada—. Vamos —dijo tirando de mí, sin esperar mi respuesta.

Entramos en el coche y se incorporó a la carretera, llevándose algunos insultos de los demás conductores por conducción temeraria.

Su cercanía me hacía daño y su olor llenaba mis sentidos, provocando una locura desmedida. Tenía ganas de que parase el coche y me besara, que me hiciera suya. La cosa es que cada vez que lo veía, sentía cómo mi sexo se contraía y mi mente volaba a un mundo lleno de orgasmos de todos los colores. Además de haberme enamorado como una tonta, estaba obsesionada con sentirle dentro de mí. “Estoy más loca que mi hermano”.

—¿En qué piensas? —Me preguntó sacándome de mis sexuales pensamientos.

—En la competición. Solo falta una semana y media y aún no estoy preparada —mentí, aunque no del todo.

—No te preocupes, seguro que ganáis. De eso me encargaré yo. —Me guiñó un ojo.

—Eres mi profesor, no Dios —aclaré sonando un poco más borde de lo normal.

—¿Solo me ves así?

Notaba su mirada, notaba cómo sus ojos se clavaban en mí y mi cuerpo ardía con solo eso. ¿Cómo podía sentirle de esta manera?

Su pregunta me había descolocado y por eso desvié mi mirada a la carretera. El camino se me estaba haciendo eterno y no entendía cómo aún no habíamos llegado.

—¿Dónde vamos? —Pregunté, ignorando su pregunta.

Habíamos pasado por delante de la academia y no se paró. En cambio, cogió otro camino, metiéndose en la autovía en dirección la Costa del Sol.

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —mascullé, cabreándome.

—Esta creo que sí te gustará —aseguró sin borrar su perfecta sonrisa y olvidando del todo mi tono de voz.

¿Dónde me llevaba? ¿Qué quería de mí? Mi mente se hacía demasiadas preguntas y a ninguna le encontraba respuesta. ¿Por qué siempre me tenía que enamorar del menos indicado, del que no me miraba, del que no sentía nada al tenerme cerca? Siempre tuve malas experiencias con los hombres o puede que no tuviera vista. No sabía cuánto tiempo llevábamos en el coche, pero al menos había pasado una hora. Me estaba poniendo muy nerviosa, tanto por el hecho de no saber dónde íbamos, como por el silencio que se había instalado en el coche.

—Estás muy callada —dijo de pronto, sacándome de mis pensamientos. Me encogí de hombros a modo de respuesta, ya que no sabía qué decirle—. ¿No vas a decirme nada? —Negué—. ¿No sabes qué decirme? —Negué de nuevo—. Oh, venga, dime algo. No creo que no tengas nada que decirme.

—¿Qué quieres que te diga? —Mi voz salió dura, más de la cuenta.

Podría decir que sentía hablarle así, pero estaría mintiendo. Denis no volvió a decir nada y en parte lo agradecí. Clavó de nuevo su intensa mirada en la carretera, justo en el mismo instante que pasamos por delante de una señal que anunciaba que estábamos en Marbella. ¿Para qué hemos venido hasta aquí? Unos minutos después, minutos muy largos por cierto, llegamos. Denis aparcó el coche y bajamos en silencio.

—Vamos. —Cogió mi mano y tiró de mí.

Denis me llevaba casi a rastras hasta que llegamos a la playa. Abrí los ojos sorprendida, pues no me esperaba esto y mucho menos de él.

Pronto nuestros pies descalzos, ya que me obligó a quitarme los zapatos, entraron en la arena. Estaba caliente, pues el sol calentaba más porque se acercaba el verano. No entendía qué hacíamos en esta playa, ni mucho menos para qué. No quería moverme, no quería ir con él a ninguna parte. Estando a solas, me ponía nerviosa; necesitaba su contacto, su mano agarrando la mía y la otra en mi cintura, aunque fuera solo para enseñarme a bailar.

—¿A qué esperas? Ven conmigo —me apremió.

—No iré a ninguna parte. Aquí me quedo —respondí con el ceño fruncido.

Denis arrugó su frente, achinando sus ojos. Se acercó a mí para coger mi mano y así poder hablar de una manera diferente, de una manera que aún no había utilizado conmigo, pero ¿estaba yo dispuesta a decirle mis motivos? Entonces, las palabras de mi hermano se metieron en mi mente para martirizarme: “Haz algo”.

“Haz algo”, me repetí mirando a Denis a los ojos. Lo tenía tan cerca de mí y tan lejos a la vez... “Haz algo”. Sin pensarlo siquiera, pues de hacerlo saldría corriendo, me acerqué a él lo que más pude y pegué mis labios a los

suyos.

CAPÍTULO 5

Mis piernas temblaban, toda yo estaba temblando. ¿Y cómo no estarlo? Dios mío, si eran los labios más perfectos que había besado en toda mi vida.

Cuando pensé que Denis me apartaría, que me echaría de su lado, aferró mi cuerpo al suyo en un intento desesperado de unirnos en un solo cuerpo. No me podía creer que estuviera así con él, que sus labios y los míos estuvieran

pegados, dándose el calor que anhelaban, al menos los míos. Siempre me sentí fría, una mujer sola y de mal carácter, frágil e inocente, pero desde que Denis llegó a mi vida de esta manera tan brutal, me había convertido en lo que era hoy. Una mujer que sabía lo que quería y que vivía la vida fueran cuales fueran las consecuencias de mis actos. Sin miedo al qué dirían o si a alguien no le gustaba como era, como vestía e incluso como bailaba. Me daba todo igual. Denis, aparte de enseñarme el significado de amar, me había dado la seguridad que un día me arrebataron y eso, aunque no llegásemos a estar juntos, era algo que jamás olvidaría.

Al separarnos, sentimos como nos faltaba el aire. Denis sonrió de una manera diferente y una esperanza se instaló dentro de mí.

—¿Qué significa esto? —Me preguntó sin borrar su perfecta sonrisa. Me encogí de hombros avergonzada, sintiendo cómo mis mejillas se calentaban de lo rojas que estaban—. ¿Por eso estabas así? —Asentí—. ¿No me vas a responder a nada? —Me encogí de hombros de nuevo—. Anda, ven aquí. — Me pegó de nuevo a él y volvió a pegar sus labios a los míos.

Si esto era el cielo, quería morirme ya, en sus brazos. Sus labios me hacían delirar. Abrí mi boca para darle acceso a su lengua, cosa que no se hizo esperar. Nuestras lenguas comenzaron un baile sensual, uno que estaba haciendo estragos en mi sexo y sentí cómo se contraía pidiendo a gritos ser atendido. Volvió a separarse de mí y un gemido se escapó de entre mis labios al sentirle lejos de nuevo.

—Tengo muchas ganas de hacerte mía, pero no será hoy. — Inconscientemente hice pucheros y Denis se carcajeó.

—¿De qué te ríes?

—Nena... Eres la mujer más perfecta que he conocido. —Abrí mis ojos,

sorprendida.

—¿En serio? —Pregunté incrédula y asintió.

—Quiero que la primera vez que te haga el amor, sea el momento más especial que hayas vivido, así como lo eres tú —declaró calentándome con cada palabra—. Aún no me has dicho nada.

—¿De qué?

—Del beso.

Me quedé muda, pensando qué podía decirle. Sí, había dicho que era perfecta y especial. Y sí, quería hacerme el amor, pero eso no me aseguraba que él sintiera lo mismo que sentía yo. A lo mejor, lo único que quería era llevarme a la cama y si era así, no le daría nada.

—¿Por qué te quedas callada? —Habló con notable nerviosismo—. ¿He metido la pata? —Negué con una sonrisa ladeada—. ¿Entonces? Dime, Azucena, ¿qué ha significado el beso para ti?

Miré al cielo, a ver si una luz divina me decía qué hacer pero estaba nublado. Así que tendría que decirle algo. “Ya de perdidos al río, ¿no?”.

—Más de lo que puedas imaginar —expresé con la voz entrecortada.

Jamás había estado tan nerviosa. Jamás un hombre me había hecho sentir como Denis en tan poco tiempo. Si es que estaba enamorada hasta las trancas.

Agarrados de la mano, caminamos hasta orillas del mar. El día estaba nublado pero era de esos días que gustaban, de esos que te hacían soñar, que te hacían vibrar y más si la compañía era la mejor. Me gustaba mucho la playa y en estos días, me había quejado de no haber tenido tiempo de pisarla. Entonces lo entendí todo.

Flashback

Otro día más a la academia. Si no fuera porque me encantaba ver a Denis, ya le habría dicho a mi hermano que se buscara a otra que lo ayudara. Me sentía agotada, eran muchas horas ensayando, aprendiendo a bailar algo que se me daba mal y punto. No había más vuelta de hoja.

Me levanté con unas pronunciadas ojeras, pues desde hacía una semana no descansaba como debería y por la noche, estaba tan cansada que mis ojos se negaban a cerrarse, y así día tras día.

Cuando me duché y vestí, me dirigí a la cocina para prepararme algo de desayunar, aunque no tenía mucho apetito. Ahí me encontré a mi hermano, comiéndose la boca con la mulata. No recordaba ni su nombre o, a lo mejor, mi hermano no me dijo siquiera cómo se llamaba. La verdad me daba igual como se llamase. Ahora, si me decían que ver a mi hermano semidesnudo, al igual que la chica, eso me ponía más negra de lo que ella estaba. Mi casa no era un hotel.

—Jorge. —Carraspeé y no se inmutaron—. ¡Jorge! —Grité y ahí sí que se separó de ella.

Joder, si tenían la lengua tan pegada que les había costado separarse el uno del otro. Lo único que quería era que alguna mujer le gustase de verdad y se fuera de una puta vez de mi casa. Estaba harta de sacarle las castañas del fuego, harta de que abusara tanto de mí. Y solo esperaba que algún día se marchara y mi intimidad volviera a ser mía.

—¿Qué te pasa? —Preguntó, avergonzado.

—¿Eso es lo único que me vas a decir, mandril? Si quieres follarte a... Esta chica, vete a un puñetero hotel, ¿queda claro? En mi casa no quiero ver exhibiciones, como si no fuera suficiente tortura tener que verte todos los

días y hacerte los malditos favores que te pasan por la cabeza. —Estaba fuera de mí—. Estoy harta, ¿te enteras? ¡Hasta el coño me tienes, Jorgito! ¡Joder! ¿Sabías que estoy de vacaciones? —Negó, agachando la cabeza—. Claro, tú que vas a saber. Pues sí, lo estoy y por culpa de tu competición no he podido ni pasear por la playa, con lo que me gusta.

—Azu, lo siento. No sabía que lo estabas pasando tan mal —se disculpó.

—Va, déjalo. Me voy a la academia. —Salí y pegué un portazo.

Flashback

—¿Mi hermano habló contigo? —Dije de pronto, pues estábamos paseando por la arena, completamente en silencio.

—¿Connmigo? ¿De qué tendría que hablar connmigo? —Frunció el ceño—. Oh, ya sé. ¿Piensas que te he traído aquí porque me lo dijo tu hermano? —Asentí y maldije a la vez por ser tan bocazas.

Estaba metiendo la pata en un momento tan mágico. Por un momento quería que la tierra me tragase por pensar semejante tontería, pero claro, mi mente siempre pensaba lo que le daba la gana y era ahí donde yo la cagaba de esta manera. Es que me costaba mucho creer que yo pudiera gustarle a un hombre como él.

—¿En qué piensas?

—En nosotros —respondí al tiempo que me sonrojaba.

Siempre respondía sin pensar, sin al menos tener clara mi respuesta. Aunque decían que lo primero que salía de tu boca, era lo que realmente querías decir pero que no te atrevías por miedo a cometer algún error. Desde que vivía sola... Bueno, sola... Desde que vivía en mi apartamento, aunque

fuera con mi hermano, vivía mi vida como yo siempre quise, sin importarme lo que los demás pensarán de mí, pero cambió cuando Denis se cruzó en mi camino y llenó mi mundo de una fantasía que no creía que yo quisiera desear. Mi vida se puso patas arriba y ahora sí me importaba lo que dijera él, lo que pensara de mí. Lo único que quería era saber si le gustaba de verdad o solo era una más en su lista. Solo así podría volver a mi perfecta y aburrida vida en la que todo me daba igual y en la que había vivido feliz hasta ahora.

Denis me miraba expectante, como si supiera que después de tanto silencio, le diría algo importante y no se equivocaba. Así que me armé de valor.

—¿Te gusto?

Mi miedo al rechazo era algo palpable, algo que hasta un ciego podría ver y Denis lo incrementó al quedarse callado tanto tiempo. Ya estaba pensando en darme la vuelta, subirme al tren y volver a mi casa con el rabo entre las piernas. Bueno en mi caso, con... “Cállate que ya empiezas a desvariar”.

—Si tienes que pensar tanto la respuesta, mejor guárdatela para ti — exclamé y me di media vuelta para salir corriendo.

—Espera...

—Déjalo. No tienes por qué responder. Está claro que no te gusto. ¿Cómo te iba a gustar una persona que se marea viéndote bailar? —Soltó una carcajada—. Eso es lo único que provoco en ti, risa. ¡Está bien! Sé cuándo sobro en un lugar.

Comencé a caminar dirección al paseo, donde mis zapatos esperaban en una esquina. En otro momento, no hubiera dejado mis zapatos tan lejos pero la playa estaba desierta. Los cogí temblorosa, reprimiendo las ganas de llorar y gritar, reprimiendo las ganas que tenía de volver y pegarle una patada en las

pelotas. Me senté en el muro que separaba la playa del paseo y comencé a calzarme. Entonces, cuando estaba discutiendo conmigo misma y mis zapatos que, al tener los pies ásperos de la arena no me dejaba meterlos, llegó Denis. Se puso delante de mí, agachándose para estar a mi altura. Mis ojos estaban clavados en el zapato y él estaba muy cerca de mí, tanto que parecía que respirábamos nuestro propio aire.

—Deja que te ayude —dijo cogiendo mi zapato y poniéndomelo como si fuera la cenicienta—. Y así es como el príncipe se enamoró de la princesa —declaró poniéndome nerviosa, como si ya no lo estuviera suficiente.

—Qué princesa tan estúpida...

—Qué príncipe tan morboso y masoquista. —Levanté la cabeza y clavé mis ojos en los suyos.

—Te das cuentas de que esa frase no es así, ¿verdad? —Susurré, enarcando una ceja.

—Puede que no sea la original, pero es la nuestra. —Y con esa aclaración pegó sus labios a los míos, respondiendo a mi estúpida pregunta, dándome ese calor que yo tanto necesitaba.

Sus labios me besaban con posesión, demandando algo que yo también necesitaba y era esa pasión que él sabía que había entre los dos. Él quería que nuestra primera vez fuera especial y no un aquí te pillo, aquí te mato, pero a mí me daba igual, solo quería sentirle de una vez. Al separarnos, pegó su frente a la mía con la respiración agitada y sus ojos cerrados aún. Era lo más hermoso que había visto jamás.

—¿Responde eso a tu pregunta? —Asentí y sabía que lo había notado por como sus labios se curvaron en una preciosa sonrisa.

—Sí, aunque no del todo. —Abrió los ojos apresuradamente y sonreí—. Lo siento... Solo quería ver tus ojos.

—¿Cómo pudiste pensar que no me gustabas? —Me encogí de hombros—. ¿Sabes qué fue lo que me hizo darme cuenta de lo que sentía por ti? —Negué con las mejillas rojas. Él no borraba su sonrisa—. El día que me dijiste que te llamabas Azu, de azúcar. Además de hacerme reír, llenas mi vida de locura y es por eso por lo que no quiero que te alejes de mi vida.

—No lo haré.

—Me he enamorado de ti, Azucena. Desde aquel día, desde que te vi entrar el primer día para acompañar a tu hermano —declaró, haciendo que mi corazón latiera desbocado.

—Y yo. Ese día me fijé en ti y ya no pude olvidarte.

—Me alegro de que no lo hayas hecho.

—Y yo que te fijaras en mí.

Después de terminar de ponernos los zapatos, caminamos de nuevo al coche y cada uno se sentó en su lugar. Iba en una nube, pues lo que estaba sintiendo era más de lo que algún día sentí con otro hombre. Jamás pensé que el amor era así de fuerte, así de valiente, así de poderoso y me hizo serlo a mí para poder declarar lo que sentía, aunque aún no le había dicho realmente lo que mi corazón latía al estar cerca de él, lo que mis labios pedían a gritos.

—¡Espera! —Grité, asustándole.

Estábamos ya en la autovía y Denis iba muy concentrado, pero con mi grito su semblante cambió a uno de pánico. Condujo hasta la calzada y paró un momento, preocupado.

—¿Te sientes mal? —Negué y me carcajeé, descolocándolo por completo.

—Es que yo no te respondí. —Arrugó su frente, extrañado—. Yo también me he enamorado de ti. Te quiero, Denis. —Me abalancé sobre él y le besé.

—¿Ves por qué me enamoré de ti? Estás loca, nena —dijo con nuestros labios aún pegados. Volví a besarle y se separó—. Espera... Yo también te quiero.

Me sentía feliz y mi rostro me delataba. Solo faltaba que me saliera bien el baile latino para ayudar a mi hermano y que ganara la competición y que acabara toda esta locura.

Por el camino, íbamos en un silencio de esos cómodos en los que sabías que tenías a tu lado a la persona que amabas y que te correspondía. Denis me miraba a cada segundo, cogía mi mano y se la llevaba a los labios para darle un casto beso. Era todo un amor de hombre y yo pensando que era un chulo que se metía en la cama de cualquiera. De pronto, subió el volumen de la radio, pues su canción favorita comenzó a sonar: *A lo cubano* de Orishas.

A lo cubano

Botella' e ron tabaco habano

Chicas por doquier

Ponche en Café Guano

Aquí mi vida para los mareaos

No no no no

A lo cubano

Tenía una sonrisa mientras tarareaba la canción. Me di cuenta de que las personas con cualquier cosa eran felices y en este momento, mi cubano lo era con una música que le recordaba su vida pasada, donde soñaba con una vida

mejor. Estaba claro que esa vida la había conseguido y yo solo esperaba estar en ella para siempre.

FIN



Desde aquel
día

—¡Hope, baja de una vez!

Dios, ¿por qué tenía que ser tan pesado? Solo me quedaba ponerme los zapatos y listo. Teníamos una cena con su nueva “esposa”. Ni siquiera la conocía y ya ellos se habían casado. ¿A qué venían tantas prisas? Cuando terminé, todavía escuchaba los gritos de mi padre. Me di una última mirada en el espejo y salí de mi habitación, no sin antes coger mi bolso. Bajé y lo vi bufando mientras se pasaba las manos por el cabello con nerviosismo. No sabía realmente para qué me necesitaba, si para casarse no lo había hecho.

—Al fin vamos que llegamos tarde —me apresuró.

—Papá, tranquilo, ¿sí? —Intenté calmarle.

—No. No puedo, hija. Esta noche es importante.

—¿Por qué? Digo, no sé. Ya estáis casados. ¿Qué más da lo que diga la hija de Rose?

—Tú no lo entiendes, esa chica es... ¿Cómo decirlo? Un poco rara —mencionó, haciéndome reír. No sería para tanto, ¿no?

Tras miles de suspiros, salimos de nuestra casa y nos montamos en el coche para ir a la de esa mujer que ahora era mi madrastra. Qué raro se me haría entrar en un lugar nuevo, un sitio que, según mi padre, en unos días íbamos a ocupar con ellas. Mérida y Rose. Seríamos cuatro, en vez de dos, y yo no estaba acostumbrada a tantas personas. Solo éramos mi padre y yo y nada más.

Cuando llegamos, mi padre aparcó. No podía creer dónde habíamos parado; no era cierto y mis ojos me estaban pasando una mala jugada. Si me hubieran dicho hace un año que iba a estar frente a la casa de mis sueños, esa casa que veía cada vez que pasaba para ir al instituto en el autobús... Y ahora

sería mía, iba a vivir ahí. El único problema era que la compartiríamos con la nueva esposa de mi padre; solo se conocían desde hace menos de un año, pero aquí estábamos a punto de entrar a nuestro nuevo hogar.

—¿Preparada?

¿Estaba preparada para entrar en una casa con la que había soñado durante tanto tiempo? Sí, creo que lo estaba. Con una sonrisa, mi padre pegó en el timbre y una mujer morena de ojos verdes salió a recibirnos, aunque lo primero que hizo fue besar los labios de mi padre. Cuando terminaron de prodigarse todo ese amor, Rose se acercó a mí y sin decirme nada, me abrazó y por increíble que pareciera, me sentí bien.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Hope. Tu padre me ha hablado muchísimo de ti —habló con cariño.

—Espero que cosas buenas. —Miré a mi padre y este asintió.

Al separarnos, entramos al salón y nos sentamos. Rose era encantadora y se veía muy enamorada de mi padre al igual que él, que no dejaba de babear por ella. Por Dios, cuanto empalago.

Mis ojos miraban todo con detenimiento, la decoración de la casa era perfecta; los colores morados y grises estaban por todas partes y, aunque tenía una decoración un poco espesa, se respiraba armonía y eso me gustó. Los miré de nuevo y me levanté, pues tenía ganas de ir al baño.

—¿Dónde está el baño? —Le pregunté a Rose.

—Subiendo a la primera planta a mano derecha, justo al lado de la biblioteca, cielo.

—¿Tenéis biblioteca? —Pregunté, maravillada. Ella asintió con una sonrisa.

Me di la vuelta y caminé por el pasillo para subir las escaleras. Conforme me acercaba al último escalón, comencé a escuchar el sonido de un piano. Era una melodía que conocía muy bien, pues mi madre siempre me la ponía cuando era pequeña. **River Flows in You.**

Caminé con sigilo, pues quería escuchar de cerca esa melodía y saber quién la estaba tocando. Cuando llegué al lugar, la puerta estaba entreabierta y pude vislumbrar a lo lejos, con solo una lamparita encendida, la silueta de una chica. Seguramente sería Mérida. Hipnotizada por completo, entré sin interrumpir, solo por el simple hecho de seguir disfrutando de algo que amaba tanto y me quedé anclada al suelo cuando ella, sin percatarme, me miró. Sus ojos verdes se posaron en los míos y lo único que pude hacer, fue salir corriendo con el corazón agitado. No lo entendía y tenía claro que todo cambiaría.

Ni siquiera pude ir al baño, se me pasaron las ganas por los nervios. Volví a bajar las escaleras para ir en busca de mi padre. Quería salir de aquí, no quería siquiera hablar con ella, era muy extraño y todo lo que había sentido, todo lo que sus ojos me dijeron, fue mucho más que el sentimiento de escuchar esa melodía, la que tanto amaba. ¿Qué me pasaba?

Cuando llegué abajo, aún seguía respirando con dificultad. Mi padre al verme se acercó a mí preocupado.

—Hope, ¿estás bien? —Asentí mirando al suelo en cuando sentí su presencia.

—Mérida, por fin. Ven que te quiero presentar a Alfonso y su hija Hope. Él es mi marido, cielo.

Rose caminó hasta ella y yo seguía mirando al suelo, no podía siquiera sostenerle la mirada por miedo a volver a sentirlo. Por miedo a sentir algo que

no sabría explicar.

—Encantada —habló con recelo.

Mi padre se alejó de mí unos instantes para poder saludarla y después cogió mi brazo para que me pusiera frente a ella. Me costaba horrores hacerlo, pero tenía que recobrar la cordura.

—Hola —musité.

Ella me escrutaba, era como si quisiera leer mi mente, como si quisiera conectarse a mis sentidos. Si ella supiera que con solo oírla tocar el piano, ya nos habíamos conectado. Solo con una mirada, me había provocado este desconcierto que me tenía tan abrumada. ¿Qué significaba todo esto? ¿Cómo responder a algo que no podía descifrar?

Conforme iban pasando los minutos, me fui relajando. Rose era una mujer encantadora que no hacía más que darte cariño, así sin más. Nos sentamos a cenar en familia, una familia un tanto rara dada la situación en la que nos encontrábamos. Eso de que se hubieran casado a escondidas sin decirnos nada a Mérida y a mí, no es que haya sido la mejor de sus hazañas.

Mérida no hablaba, no decía nada y yo mantenía la cabeza gacha y solo la levantaba cuando Rose o mi padre me hablaban. Aún me costaba mirarla, pues no sabía qué me encontraría. ¿Y si al volver a mirarla volvía a sentirlo? Era como una conexión, algo que estaba ahí, no lo podía ver pero sí sentir. Como eso que dicen del hilo rojo que unía a las personas. El problema estaba en que no sabía si era amistad lo que me uniría a ella, pues a mí no me gustaban las mujeres. Jamás me había sentido atraída por ninguna chica y, aunque era cierto que no había tenido demasiados novios, los pocos que habían besado mis labios me habían demostrado que me gustaban los chicos. Pero ¿y si no era así? ¿Y si eso estaba a punto de cambiar? Tampoco podía hablar con ella, me

quedaba helada y el mero hecho de intentarlo siquiera, me provocaba escalofríos.

—¿Por qué estáis tan calladas? Podríais empezar a conoceros. Además, Mérida, me gustaría que le enseñaras a Hope su habitación —mencionó Rose.

Tragué saliva levantando la cabeza y mirándola al fin. Ella conectó sus ojos con los míos y me levanté en cuanto ella lo hizo, era como si tuviese un imán que me hacía levitar sobre el aire, manejándome.

Salimos del comedor para encaminarnos a las escaleras y subir. De pronto se paró y se giró para ponerse frente a mí, cortándome el paso.

—No sé qué pasará ahora que vais a vivir aquí y tampoco sé... —se quedó en silencio—. Solo te pido que no te entrometas en mi vida y hagas la tuya, lejos de mí —sentenció con dureza.

Apiñé los labios y cerré los ojos a su vez, creyendo que así todo iba a pasar más rápido. ¿Por qué se ponía así conmigo? Yo tampoco estaba disfrutando de esta locura que habían cometido nuestros padres.

Volvió a girar y comenzó a subir las escaleras. Por unos segundos, pensé que iba a responderle, que mis labios articularían alguna palabra, pero no llegaron y desistí en el intento de siquiera entablar alguna conversación con ella. Todo se iba a complicar, de eso estaba segura.

—Sígueme —dijo, interrumpiendo mis pensamientos.

Llegamos a una de las siete puertas que estaban cerradas. Al menos ya sabía que una de ellas era la biblioteca donde, hacía una hora, ella tocaba el piano.

—Esta es tu habitación. —abrió la puerta y se quedó parada, esperando a que yo entrase.

Lo hice y encendió la luz. Mis ojos se abrieron desmesuradamente en cuanto vi la que sería mi habitación, era demasiado. Una vez soñé con entrar en esta casa y comprobar lo que escondía y ahora que la tenía delante, no sabía cómo procesarlo todo. Siempre que pasaba por la puerta, una fuerza sobrehumana me hacía querer entrar, saber qué escondía, qué había entre estas paredes.

—Es maravillosa —dije al fin.

—Tampoco es para tanto— respondió ella.

—¿Cómo? ¿Estás de broma? —Me giré para poder hacerle frente—. No sabes la de veces que he querido... —me quedé en silencio, siendo consciente de que si le decía que ya había visto la casa y que siempre había soñado con ver su interior, me tacharía de loca.

—No, no es una broma. Te aseguro que cuando lleves viviendo aquí una semana, odiarás esta casa tanto como yo —dijo como si tal cosa.

No sabía la suerte que tenía de vivir en esta preciosa casa. Si ella supiera dónde vivíamos mi padre y yo, no hablaría de ese modo.

Mérida hizo el amago de irse, de salir de aquí de una vez, pero algo la obligó a quedarse, a seguir frente a mí, mirándome de ese modo tan peculiar, tan intenso. El color de sus ojos parecía cambiar de tonalidad, poniéndose mucho más claro y me dejaba sin habla en cuanto se posaba en los míos. Era tan surrealista esto que estaba sintiendo...

—Tengo que irme —musitó.

Se giró para marcharse y yo, por increíble que pareciera, quería retenerla y no, no podía. No lo hice, la dejé marchar.

Me senté en la cama suspirando, buscando ese aire que se me había

escapado de los labios cuando la vi tocando el piano. Me encantaría volver a disfrutar de ese momento, de escucharla, soñar despierta, recordar el pasado, ese bonito pasado en el que mi madre me sostenía entre sus brazos a la vez que la melodía sonaba. Era mi favorita y Mérida no lo sabía. Creo que de saberlo, dejaría de tocarla, estaba segura de ello.

Las horas pasaron y una vez que me instalé, me acosté a descansar. Eran ya la una de la mañana y solo hacía unos minutos que mi padre había venido junto con Rose para comprobar que estuviese a gusto en mi nueva habitación. No podía engañarles, pues lo estaba, claro que lo estaba.

Cerré los ojos unos segundos, relajándome unos instantes. No tenía sueño y aún tenía que acostumbrarme a dormir en una cama que no era la mía.

Por un momento me permití esa relajación que buscaba, pero solo por un momento porque tras unos largos minutos... ¿O era más tiempo? Ni siquiera me había dado cuenta del tiempo que había pasado. Entonces, volvió a sonar esa melodía, ese piano, esas notas musicales que me provocaban escalofríos, recuerdos... Me erizaba la piel por segundos. Me levanté de la cama con la intención de ir a verla, de escucharla de cerca, tocar el piano, sentirla, notar cómo su cuerpo se tensaba y relajaba a cada tanto.

Salí de mi habitación y caminé por el pasillo a oscuras, descalza, ni siquiera me había percatado de que no me había puesto las zapatillas ni tampoco las necesitaba. Cuando llegué a la puerta, con el corazón a mil por hora, encogiéndose en cada nota, cerré los ojos buscando calma, suspirando. Me estaba volviendo loca, me estaba hipnotizando como si de una brujería maligna se tratara; tiraba de mí con fuerza, con rudeza. Estaba sintiendo demasiadas cosas, unos sentimientos que jamás en mi vida creí sentir. ¿Cómo alguien que no conocía, de mi mismo sexo, me podía hacer sentir como si me faltase el aire con solo mirarme? Nunca en mi vida me había pasado y creo

que si se lo contaba a alguien, no me creería, no llegaría a entenderme pero es que ni yo misma lo hacía. No me entendía y no creo que lo hiciera jamás.

Abrí la puerta y puse un pie en esa biblioteca... cargada de tensión, de notas, de respiraciones acortadas. Y caminé. Lo hice acercándome como si Mérida fuera la que estuviese tirando de ese hilo, de una cuerda invisible que me acercaba a ella hasta el punto de respirar el mismo aire. Me miró y no había sorpresa en esos ojos, ella sabía que vendría, que la buscaría en cuanto comenzara a tocar el piano. Me dejó un lado y me senté a su lado. Vi cómo tocaba, cómo ponía sus dedos entrelazándolos con cada nota. Sabía lo que hacía, sabía lo que tenía que hacer y era admirable.

Me miraba, lo hacía tan intensamente que mi corazón comenzó a latir desbocado, haciéndome ver que ahí seguía, que no había muerto por el camino de un paro cardíaco.

Cuando acabó, suspiró y cerró los ojos mientras agachaba la cabeza. Entonces posó su mano en la mía, solo una mísera caricia me hizo caer en un remolino de emociones que comenzaban a volverme loca.

—Esto... no —titubeó, quitando la mano de mi piel.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Quería gritarle muchas cosas, pero ninguna estaban en mi mente, solo era una necesidad.

—¿Qué está pasando? —Pregunté acongojada, buscando una respuesta coherente que me hiciera abrir los ojos y asegurar que solo era un sueño del que despertaría por la mañana.

Sería como abrir los ojos, viviendo en mi antiguo hogar, sabiendo que mi madre estaría en la cocina preparando el desayuno antes de que me fuera a la escuela. Sería como notar que nada ni nadie podían hacerme sentir de este modo, ni siquiera el chico más guapo del instituto.

—No lo sé —aseguró—. Solo sé que... —se quedó en silencio, uno que me estaba matando—. Necesito hacer una cosa.

Y no me dio ni un segundo para saber lo que quería. Sus labios chocaron con los míos desesperados, necesitados de una explicación para ambas, una que no aclaraba más que lo que ya me temía... ella me gustaba, me atraía de una manera que no podía asegurar.

Casi sin permiso, su lengua se entrelazó con la mía, mandando descargas a todo mi ser, al centro de mi deseo, a ese lugar que habían tocado unas manos inexpertas hacía apenas unos meses. Solo unas manos me habían tocado y muchos labios me habían besado. Pero nunca en mi vida, un beso me había provocado tanto.

Yo tenía una vida normal, una de esas en las que todo lo relacionado con la tranquilidad era lo más importante. Pero ahora todo iba a cambiar, ella lo cambiaría.

Un roce, una caricia o un simple beso experimentado hicieron que todo lo que creía ser, fuera solo un espejismo de lo que yo pensaba.

¿Qué haría para recuperar la estabilidad que tenía? ¿Qué haría para volver a ser la que era?

Nos separamos unos milímetros. Solo una corta distancia nos separaba para volver a rozar nuestros labios. Y quería volver a besarla, necesitaba sentir más, mucho más.

Se alejó y se levantó para poner música, la misma que ella tocaba sin descanso. Era la que sonaba cuando nos vimos, la que ella ensayaba y seguiría siendo mi favorita, ahora por otro motivo.

Caminó hasta mí y extendió su mano, invitándome a entrelazar mis dedos

con los suyos. Me levanté cogiéndola y ella la llevó hasta su pecho, a la altura del corazón. Sentía cómo latía unido con la música. Yo hice lo mismo, cogí su mano y la puse en mi corazón para que comprobara que el mío latía al mismo ritmo.

Estábamos conectadas, nuestros ojos no podían alejarse ni aunque hubiese un derrumbamiento. Nada haría que desconectáramos las miradas.

—¿Notas cómo late? —Preguntó. Yo asentí—. También noto el tuyo... es la primera vez, la primera. —Asentí de nuevo.

—También lo es para mí.

—¿Qué nos está pasando?

—No lo sé.

—Pero no quiero que pares. Quiero más... necesito más, Hope.

Subió sus manos hasta mis mejillas y acercó de nuevo su boca a la mía en un roce agónico, un beso despiadado que provocó algo más poderoso que nosotras mismas. Mis manos fueron hasta su cintura y la apreté contra mi cuerpo, queriendo sentirla mucho más. Nuestros pechos estaban pegados al igual que nuestros labios. Estábamos sintiendo un calor abrasador y seguía subiendo unas décimas más. Comenzamos a despojarnos de la ropa hasta quedarnos en ropa interior. Esto era una puta locura.

—Tócame —me pidió.

Mis manos viajaron por su espalda, por su cintura y aterrizó en sus caderas. Tenía miedo de tocar más, de sentirme culpable por hacerlo, por tocar algo que nunca había tocado.

—¿Por qué siento todo esto?

Nuestras manos viajaron por cada rincón de nuestros cuerpos, haciendo que se uniesen tanto que parecían uno solo. Cada suspiro, cada beso era desgarrador, alocado y hacía que flotásemos. Nuestros sentidos estaban conectados, como si estuviésemos destinadas a encontrarnos, a amarnos... a enloquecernos.

Tras esa noche llena de pasión en la que entendimos muchas cosas, al menos por mi parte, seguíamos viéndonos a escondidas de nuestros padres por miedo a que no entendiesen nuestra relación. Algo que, por otro lado, aún nos costaba entender a nosotras mismas.

Pero el tiempo pasó y ella fue capaz de hacerme ver que, en la vida, no siempre se debía hacer lo correcto y lo que los demás querían que hicieras. En esta vida, había que guiarse por el alma y corazón, y yo lo entendí desde aquel día.

FIN



NUESTRA LOCA

MELODÍA

La mañana se estaba volviendo un poco pesada, había discutido con mi padre. Él se negaba a que yo estudiara canto, pues era mi sueño, lo que quería hacer en un futuro no muy lejano. Mi amiga Suzanne me miraba preocupada, me había quedado con la mirada perdida en un punto fijo. El profesor Lockwood era el mejor profesor de canto de todo el país y era un privilegio estar en esta universidad. Mi padre me dio tiempo, pero un tiempo muy corto para convencerle de que realmente era lo que quería hacer en mi vida. Dos días antes, habíamos discutido porque quería que estudiara medicina como él, pero me negué y me dijo que dejaría de pagar mi matrícula.

—Maya, Maya. ¿Te ocurre algo? Llevas ida más de cinco minutos y el profesor te estaba hablando. —Escuché la voz de mi amiga y desperté de mi ensoñación. Le miré y luego fijé mi mirada en el profesor. Me di cuenta de que todos mis compañeros estaban pendientes de mí.

Me puse roja como un tomate y más de uno se rio. Le iba a responder al Sr. Lockwood, cuando entró la secretaria del decano para que fuera a su despacho. Me levanté con el ceño fruncido, pues nunca el decano me había llamado antes. Yo no era una chica problemática, al contrario, era más bien tranquila. Salí de mi clase de música y seguí a la secretaria despacio, no quería llegar a ese despacho pues no sabía qué quería. Cuando llegamos, la secretaria se sentó en su mesa y yo entré sigilosa al despacho. El decano me recibió con una mueca confusa haciendo que me preocupara, me señaló una silla para que me sentara y así lo hice.

—Usted dirá —hablé un poco confundida.

El Sr. Young me miraba pensativo. Las palabras no salían de su boca y me estaba poniendo mucho más nerviosa que de costumbre.

—Maya, tenemos un problema con el pago de tu matrícula —expuso y mis

ojos se abrieron.

Me tensé nerviosa, pues no esperaba que mi padre hubiera hecho lo que me juró que haría. Se ser así, no se lo iba a perdonar jamás y me largaría de mi casa para siempre porque si no podía aceptar mi sueño, era porque no me aceptaba a mí misma.

—Eso es imposible —dije con la voz entrecortada—. Mi padre tenía que haber pagado la matrícula esta semana.

—Lo siento, pero dio la orden para que no la cobráramos más. Te diría que echaras la beca, pero ya estás fuera de plazo —explicó, apenado—. Ya sabes que eres una de las mejores alumnas del centro, pero es que no puedo hacer nada. Lo único que puedo decirte es que vayas a hablar con tu padre y arregles el problema. Mientras tanto, no puedes seguir asistiendo a clases.

Mis lágrimas no tardaron en hacerse visibles. El decano me miraba con preocupación, pero también con pena. Me levanté de la silla y salí del despacho a toda prisa. Tenía que hablar con mi padre, tenía que escucharme y convencerle de que me pagase la matrícula de nuevo. Ese día había sido el peor de todos, pero no me iba a rendir y ahora más que nunca quería ser cantante, aunque a él no le gustase e hiciera lo que fuera para que no lo consiguiera.

Salí de la universidad con mucha pena y no quise mirar atrás por miedo a encontrarme a algún compañero que me preguntase el motivo por el que me mandó llamar el decano. No quería tener que despedirme de ninguno porque estaba convencida de que iba a volver aunque me costara horas de trabajo, pues conseguiría el dinero por mí misma. Me monté en mi coche y conduje hasta casa. Lo único que quería era que mi padre no estuviera, no estaba de ánimos para discutir con él en este momento.

Al llegar, aparqué el coche y salí de él bufando. Me sentía mal y muy triste, entré en mi casa y menos mal que no había nadie, así que sin más subí hasta mi habitación y me encerré en ella durante todo el día.

—No sé qué haré para conseguir dinero, pero algo tengo que hacer — hablé como si alguien me estuviera escuchando.

Después de darme una larga y relajante ducha, me tumbé en mi cama y mirando al techo, me quedé dormida con una gran sensación de vacío en mi interior.

Después de horas encerrada, me desperté. Miré el reloj de la mesilla y eran las seis de la tarde, ni siquiera había comido aunque tampoco tenía mucho apetito. A mi mente acudió de nuevo el problema de la matrícula, necesitaba dinero para poder seguir pagándola, sólo me quedaba un año para terminar y no podía dejarlo así como así. Salí de mi habitación convencida, bajé las escaleras y mi padre estaba en la sala mirándome con superioridad.

—Hola, Maya —me saludó y yo lo ignoré. Salí de casa, no quería discutir, pero fue inútil ya que vino tras de mí.

—¡Maya, no me dejes con la palabra en la boca! —gritó.

—Papá, déjame en paz —escupí y entré en mi coche.

Arranqué el motor sin saber adónde ir, todos mis amigos estaban en la Universidad menos yo porque hasta que no pagara, no podía asistir a las clases. Conduje sin destino alguno, pues ni siquiera tenía familia a la que acudir. Mi familia vivía en Atlanta y mi padre y yo nos mudamos aquí, a Londres porque le salió un puesto en un hospital y claro, ganaba mucho más. Por eso él quería que fuera médico, pues todos o casi todos en mi familia lo eran. Cuando me quise dar cuenta, había llegado al centro de Londres. Había una plaza y se me ocurrió una idea descabellada, así que bajé del coche y cogí

mi guitarra. Comencé a caminar y me adentré entre la muchedumbre. Con un poco de nerviosismo, me paré en medio de todos y me puse a cantar. Me había vuelto loca, pero era la única solución, cantar en la calle para conseguir dinero, aunque debía hacer algo más ya que no sabía qué cantidad de dinero podía ganar por cantar delante de tanta gente.

Cerré los ojos para que la música llenara mis sentidos y así poder concentrarme, pues aunque cantar era mi pasión, ponerme delante de todo el mundo no era fácil. Cantaba con mucha tranquilidad y dulzura, mi voz era melodiosa, algo que había heredado de mi madre. La canción era la que ella siempre me cantaba para dormir, era la melodía más perfecta que había escuchado en toda mi vida y cuando iba a alguna audición, siempre la cantaba para tenerla conmigo, aunque yo la versionaba en español. Había muerto en un accidente de tráfico a mis dieciséis años y la echaba mucho de menos, era la mejor y de seguro si estuviera conmigo, no habría permitido que mi padre no pagase la matrícula para poder cumplir con nuestro sueño, porque era el sueño de las dos.

Con los ojos aún cerrados, continuó cantando *The Story* de Brandi Carlile.

Todas las arrugas de mi cara

Cuentan la historia sobre quien soy

Tantas historias que viví y como llegue hasta donde estoy

Pero esas historias no significan nada si no tienes a quien contárselas

Es verdad, fui hecha para ti

Escale hasta la cima de las montañas, crucé nadando todo el océano azul

Cruce todas las líneas y rompí todas las reglas

Pero cariño las rompí todas para ti
Porque incluso cuando estaba quebrada
Me hacías sentir como un millón de dólares,
Y lo haces, fui hecha para ti.

De pronto, un hombre trajeado se acercó a mí y me miró embelesado. Yo me quedé embobada, pues era un hombre hermoso, el más hermoso que había visto en toda mi vida. Al terminar de cantar, mucha gente aplaudió, gente que se había quedado para escucharme y muchos se acercaron para dejarme alguna moneda y billetes que no sabía ni de qué cantidad era. El dinero lo echaban en un sombrero que ese día llevaba puesto y que puse en el suelo justo delante de mí. Mi mirada no se apartaba del hombre que no se perdía ninguno de mis movimientos y me puse nerviosa, pues se acercó a mí con una tierna sonrisa y yo comencé a temblar.

Entonces comencé a cantar de nuevo, pues la gente que pasaba a mi alrededor se paraba para escucharme. Cuando terminé la canción, la gente aplaudió eufórica, les había gustado y lo noté en la cantidad de dinero que tenía en el sombrero.

—Muchas gracias —dije a todo el mundo que había cogido un hueco de su muy apretada agenda para escucharme.

Me agaché para coger el dinero y me puse el sombrero. El dinero lo metí en mi mochila y guardé la guitarra. De pronto, el hombre misterioso se acercó mucho más. No dejaba de mirarme como si estuviera mirando su más bello tesoro.

—Hola, soy Alexander Miller —se presentó estirando su mano para que la agarrara, pero estaba tan metida en mis pensamientos sin poder dejar de

mirarle que ni me di cuenta.

Mis ojos se abrieron y me quedé helada al oír el nombre y apellido de ese hombre tan guapo, pues era el director de la discográfica Miller Music. No sabía qué hacer en ese momento. Era la discográfica más famosa de todo el mundo y ni siquiera sabía que estaban aquí, en Londres.

—Ho... Hola, me llamo Maya Bell —respondí nerviosa.

Estaba alucinada de tener a ese hombre delante de mí, mirándome como lo hacía. Como vio que no le di la mano porque estaba intimidada por su presencia, se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Era muy extraño, pero sentí como si una corriente eléctrica cruzara todo mi cuerpo. La piel se me erizó por completo y no entendía el motivo.

—Encantado —dijo muy cerca de mí. Yo asentí, únicamente podía hacer eso, pues las palabras en ese momento las tenía atascadas y sólo podía admirar su belleza.

Era un hombre muy guapo, de unos veintiocho años. Alto, moreno y de ojos verdes. El traje negro que llevaba le marcaba los músculos de sus brazos y la espalda ancha. Se notaba lo trabajado que estaba en el gimnasio.

Yo seguía en trance, mirando cada facción de su cara, viendo cómo se le arrugaba la nariz cuando sonreía y me enseñaba su perfecta dentadura. Sentí su mano sobre mi hombro y volví a este mundo.

—Qué bello cantas, jamás había escuchado una voz así. Simplemente eres perfecta, toda tú lo eres —me piropeó haciendo que me sonrojara.

Nunca me habían dicho unas palabras tan dulces y ya estaba pensando que todo había sido obra del destino. Un destino que sin querer me encontró porque pensaba que, a lo mejor, el que me hubiera pasado aquello en la

universidad era por algo, ¿no? No lo sabía, pero el tenerle tan cerca, diciéndome esas palabras, era algo que jamás pensé que un hombre como él me diría. Más sabiendo quién era.

—Me gustaría hacerte algunas pruebas de sonido —propuso y yo fruncí el ceño. ¿Qué quería decir con eso?

—¿Es una broma? —pregunté, dudosa. El negó y me sonrió tan abiertamente que hizo que me derritiera.

—No, no lo es —contestó con esa voz tan dulce como lo parecía él.

Nunca había tenido un flechazo, no sabía que existía, pero ahora lo estaba viviendo por mí misma. Alexander Miller me tenía embelesada. Sus halagos, su mirada, su sonrisa. Parecía el hombre perfecto, pero ¿lo era en realidad? No podía dejar que consiguiera de mí lo que él quisiera.

—¿Vendrás? Es que tu voz, es... hermosa y cuando digo que jamás había escuchado una voz tan perfecta es porque es cierto. Por favor, solo una prueba —insistió y ahí fue cuando me convenció de ir con él al estudio de grabación para hacerme una prueba.

Por el camino me habló de su familia y me mencionó que tenía el estudio junto con su hermano Edmun. Edmun era el mayor pero ambos mandaban porque así lo impuso su padre. Cuando llegamos al estudio, me abrió la puerta como todo un caballero para que pasara primero. Entramos y me quedé con la boca abierta por la cantidad de discos de oro y platino que tenían colgados en las paredes, era sorprendente. Me sentía como una niña pequeña a la que llevaban por primera vez al parque de atracciones.

—Ven, quiero presentarte a mi hermano —dijo tirando de mí.

Su contacto en mi piel era gratificante, como si su mano y la mía

estuvieran predestinadas a estar unidas para siempre. Él me miró para luego bajar hasta nuestras manos entrelazadas. Luego volvió a mis ojos y me sonrió, apretando mi mano. No sabía por qué, pero no quería que me soltara jamás, pues por primera vez en mucho tiempo me sentía como en casa. Sentía que por fin a alguien le importaba y aunque era todo muy precipitado, era lo que él había conseguido con solo una sonrisa y el roce de nuestra piel. Al entrar, otro hombre parecido a él me examinó para luego mirar nuestras manos unidas. Entonces negó, cabreado. Su reacción me aclaró que no le gustaba lo que estaba viendo y sentí que no le caí bien. No le gustaba ver cómo su hermano agarraba mi mano con tanta fuerza y seguridad que me presionaba el corazón.

El hermano de Alexander me miraba con cara de mala leche. Claro, para él era una desconocida que había llegado de la mano de su hermano pero ¿qué era lo que no le gustaba de mí? Porque no me conocía de nada, no podía pensar nada malo de mí. Aunque estaba claro que había personas que sí y no le importaban expresarlo de la manera más ruin.

—¿Quién es esta? —preguntó de mala manera, refiriéndose a mí como si yo no valiera nada. Alexander me soltó y se acercó a su hermano como si fuera un miura, molesto por la pregunta.

—“Esta” tiene nombre. Se llama Maya y es nuestra nueva estrella —refirió, mirándome a los ojos. Yo me quedé bloqueada al escuchar eso de que era su nueva estrella. ¿Yo, estrella? No entendía nada y no podía creerlo. No aún.

—¿Te volviste loco?! —gritó—. Ni siquiera la conoces ¿Cómo puedes hablar así de una persona desconocida para ti? Desde luego, te has vuelto loco —escupió Edmun cabreado haciéndome sentir inferior, muy inferior. Ahora yo solo quería salir de ese sitio.

—Sí, me volví loco pero por su voz. Cuando la he escuchado me quedé

bloqueado y no he podido irme hasta poder hablar con ella.

A cada cosa que Alexander decía, más ganas tenía de acercarme a él y abrazarlo por tan bonitas palabras sobre mí, pero no podía hacerlo. Nos conocíamos desde hacía una hora y yo ya sentía que lo conocía de toda la vida.

—De verdad que estás tonto. ¡Sólo es otra cantante mediocre que quiere triunfar gracias a que se abrirá de piernas! —gritó de nuevo.

Alexander se acercó a él y le pegó un puñetazo, tirándolo al suelo. Yo no sabía dónde meterme, toda esta situación de pronto no era para nada bueno y era por mi culpa. No podía permitir que dos hermanos pelearan por una desconocida como yo.

—Parad, por favor. Si el problema soy yo, me marcharé —susurré esto último como si fuera mi condena. Porque no quería marcharme, quería conocer a Alex. No tenía la certeza, pero algo de él me hacía querer quedarme lo más cerca posible.

Me di la vuelta para marcharme, pero Alexander agarró mi brazo y me acercó hasta él, tanto que nuestras respiraciones se volvieron pesadas y cortantes. Nuestras miradas no se apartaban, pues nos daba pena perdernos cualquier momento e incluso cualquier gesto que el otro hiciera. Escuchamos las risas de su hermano, nos volvimos hacia él y vimos cómo nos miraba, como si estuviéramos locos.

—De verdad, Alex, estás muy loco —afirmó con burla.

—Cállate, Edmun —respondió él.

—No, no pienso callarme y dejar cómo cometes el peor error de tu vida. ¡Si la acabas de conocer y parece que estás enamorado de ella! ¿Cómo es eso

posible? No me jodas.

—Nadie ha hablado de amor. Eso es algo importante. —Las palabras de Alex sonaron tan creíbles que bajé de la nube en la que estaba subida. Tenía razón.

De nuevo quise irme, no podía seguir allí, no era lo correcto. Pero algo no me dejaba, algo dentro de mi corazón no permitía que me fuera.

«¿Me había enamorado de un desconocido?», pensé.

No era posible, eso sólo pasaba en las películas y esto era la vida real; y de una real mierda. Me iba a ir de una vez, no dejaría que Edmund me tratara mal por su propio gusto, ni siquiera sabía cómo era y ya hablaba de mí como si fuera la peor mujer de todas.

—Lo siento, Edmund, pero no voy a dejarla. Sé que parece que me he vuelto loco, pero cuando la escuché cantar fue como si mi corazón volviera a latir como dejó de hacerlo hace años, y todo gracias a ella —escuché de pronto.

Me miró mostrándome la mejor de las sonrisas y suspiré intranquila, igualmente me iría. Me acerqué a Alex y le pedí que me dejara ir, que otro día si el destino y ambos queríamos nos volveríamos a ver. En un principio se negó en rotundo, pero tocando su mejilla le dije:

—Sabrás encontrarme. Me voy —me despedí y le di un beso en la mejilla.

Miré a Edmund y sin decirle nada, me fui. Salí de aquel sitio donde me había sentido admirada por Alex y odiada por su hermano. Suspiré y caminé hasta la plaza donde horas antes estaba cantando para coger mi coche y volver a casa. El día debía terminar de una vez porque de no ser así, me volvería loca

y la cabeza me explotaría en cualquier momento. Al llegar al coche, escuché que alguien gritaba mi nombre, me di la vuelta y vi que Alex corría hasta mí. Cuando me alcanzó, se acercó a mí y me abrazó. Sus latidos estaban acelerados por lo de prisa que venía y parecía que yo había corrido también, pues mi corazón estaba de igual manera.

—Lo siento, no quería que mi hermano te tratara así.

Negué con una sonrisa y acaricié su mejilla, tocando su incipiente barba. Así estaba bastante guapo, me gustaba mucho.

—¿Por qué viniste? —pregunté confundida.

—Tenía que disculparme y... quería invitarte a almorzar mañana o cenar. Lo que sea con tal de conocerte más —propuso nervioso y sonreí complacida, pues eso mismo quería que pasara en el estudio.

—Cenar está bien.

—¿Mañana?

—Mañana —respondí y me dio su tarjeta. Yo también le di mi número de teléfono y prometió que me llamaría para recogerme en casa,

Yo me negué, puesto que tenía coche y podía ir a donde fuera pero negó explicando que él era un caballero y que se haría cargo de todo. Asentí y le di un beso en la mejilla. Él me devolvió el beso en la comisura y al sentir sus labios tan cerca, mi corazón se aceleró y me puse muy nerviosa. Me metí en el coche y arranqué para salir del aparcamiento. Vi como Alex levantaba la mano a modo de despedida y yo suspiraba. Era una gran locura. ¿Qué me había hecho este hombre con solo sentir su mano agarrando la mía? Dios, jamás me había sentido así. Parecía una adolescente enamorada, pero ¿era amor? No era posible, solo una simple atracción.

—Creo que me volví loca porque de no ser así, no lo entiendo —me dije a mí misma.

Al llegar a mi casa, aparqué y salí del coche. Caminé despacio, sin ganas, pues no quería entrar. No quería ver a mi padre y discutir con él, pero era inevitable. Metí la llave para abrir la puerta y mi padre me esperaba al otro lado con la ceja alzada. ¿Estaba cabreado? Era el colmo.

—Te estaba esperando. Has tardado mucho. ¿Dónde estabas? —preguntó despacio, como si estuviera conteniéndose para no explotar.

—No te importa lo que haga con mi vida. Ya me lo has dejado bastante claro —escupí sabiendo que con solo eso, comenzaría a gritarme enfurecido. Pero no me importaba, me encerraría en mi habitación hasta mañana.

Mi padre bufó desesperado y por primera vez en mi vida, me dejó sorprendida pues no gritó, no se enfureció. Me miró y en sus ojos pude ver un poco de dulzura, esa que hacía tiempo no veía. Desde que mi madre murió, él cambió tanto que solo peleábamos.

—Lo siento. Tenía que haberte informado de que no pagaría la matrícula, pero no es por lo que crees —suspiró y me preocupé—. No tenemos dinero —explicó, apenado.

Me acerqué a él y lo abracé. Hacía tiempo que no lo abrazaba y me sentí bien, protegida. Mi padre y yo llevábamos un tiempo de muchas discusiones y todo porque él quería que yo estudiara medicina, pero es que no quería, yo quería ser cantante. Al separarme me di cuenta que sus ojos estabas vidriosos, estaba triste y me partió el alma verle así.

—Papá, no te preocupes. Si el problema es el dinero, no pasa nada, ya encontraremos una solución y si no... si no pues buscaré un empleo y yo misma me pagaré mis estudios, ¿vale?

—¿Y si no encuentras trabajo? —preguntó preocupado.

Era la primera vez que veía a mi padre así de preocupado por algo mío, algo relacionado con la música, algo que él odiaba desde que mi madre murió. Me encogí de hombros y negué despreocupada, quitándole hierro al asunto, sobre todo para no preocuparle aún más de lo que ya estaba.

—Seguro que encuentro, no te preocupes —respondí, pero ¿estaba segura de ello?

Yo no estaba segura de nada en este momento, pues tenía demasiadas cosas en la cabeza y una de ellas, era él, Alexander. No podía dejar de pensar en él y en las ganas que tenía de verle y de pasar más tiempo juntos. Era algo extraño pues jamás me había interesado por un hombre tan rápido, pero es que nunca un hombre me había sentido tanto como lo había hecho Alexander con una simple sonrisa. Mi padre se fue a la cocina para prepararse un café y yo le seguí, pues aún había cosas de las que hablar.

Me senté junto a él y mientras se tomaba un café, me contó cómo estaban las cosas. El problema era que lo habían despedido del hospital por recortes de personal o más bien, porque cogían a chicos más jóvenes y estudiantes en prácticas. Se sentía hundido, ya que llevaba trabajando en el hospital bastantes años, pero todo acababa y esta vez le había tocado a él.

—No te preocupes, ¿sí? Ya verás como todo se arregla —lo consolé como pude, pues no tenía idea de cómo arreglar ese gran problema.

Una estudiante, sin trabajo y mucho menos experiencia. ¿Dónde encontraría un trabajo para ayudar a mi padre? Era imposible.

—No sé, de verdad que no sé y mucho menos estoy seguro de eso, pero te agradezco que comprendas la situación. Pensé que estarías disgustada.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Hija, ya sabes que nunca te he apoyado en lo que haces, pero eso no significa que no me importes y que no me importe lo que quieres hacer en la vida. Y creo que en cierto modo pensaste que dejé de pagar por no apoyarte. —Negué aunque era verdad, lo pensé—. No te preocupes. Entiendo que pensaras eso, pues nunca he querido que te dediques a la música —suspiró y sacó un papel del interior de su bolsillo del pantalón. Me lo entregó y me dijo que lo leyera cuando estuviera en mi habitación a solas.

Estuvimos por horas hablando y fue la primera vez que hablaba tanto tiempo con mi padre sin discutir, era un logro para nosotros. Cenamos como la familia que éramos y después de eso, me fui a mi habitación. Ya era tarde y mañana tenía que madrugar, tenía que encontrar un trabajo. Ya en mi habitación y después de ponerme el pijama, me acosté en mi cama y cogí el papel doblado que mi padre me había dado hacía un rato. Lo había dejado encima de la mesita de noche, al igual que mi móvil. Este comenzó a vibrar y antes de ver de qué se trataba lo que había en ese trozo de papel, cogí el móvil y vi un mensaje de Alex. Mi corazón aleteó nervioso y lo abrí para poder leerlo.

Hola Maya. Soy Alexander, siento si te molesto, pero tenía muchas ganas de hablar contigo.

No sabía si responder. Estaba tan nerviosa que no quería que pensara que estaba desesperada. Lo pensé mucho hasta que me decidí.

Oh, hola, Alex. ¿Cómo estás? No te preocupes, no me molestas.

Ni siquiera solté el móvil mientras esperaba una respuesta, aunque tampoco me hubiera dado tiempo puesto que no tardó ni un minuto en hacerlo. Mi sonrisa se agrandó al sentir de nuevo la vibración.

Me alegro que no te hayas molestado porque me habría dolido mucho. Tengo

muchas ganas de verte y cuento las horas para poder verte mañana. Por eso te hablaba, ¿querrías pasar el día conmigo? Espero un sí, por favor.

Mmmmm. ¿Todo el día? ¿Es que acaso pretende secuestrarme, Sr. Miller?

Le envié el mensaje sin pensar en lo que me respondería, pues era la primera vez que coqueteaba con alguien y me sentía un poco avergonzada. No era tonta pero tampoco iba ligando por ahí como hacía la mayoría de mis compañeras. Esperé varios minutos y no recibí nada. Me daba la sensación de que lo había espantado y de ser así, me sentiría muy mal. Finalmente dejé el móvil sobre la mesilla y volví a coger el papel. Lo abrí y me fijé en la letra, era la de mi madre. Parecía una carta, así que comencé a leerla. Iba dirigida a mi padre.

Querido Damon, no sabía cómo comenzar esta carta. Hace tiempo que pensé en escribir mis sentimientos hacia ti, pero nunca me atreví por miedo a tu reacción. No sé por dónde empezar y te juro por Dios que lo que pienso hacer no es porque no sea feliz, pues sí que lo soy, pero no lo suficiente... Siento que al estar contigo me pierdo muchas cosas en esta vida y no quiero que arrastres a nuestra hija en tu amargura. Me iré, Damon, nos iremos y no volveremos a vernos. Quiero que Maya sea feliz y contigo no lo será jamás, pues nunca dejarás que haga lo que decida en su vida, así que es la única solución y eso haremos. Nos iremos para siempre. Lamento mucho que te enteres así, pero es la única forma que puedo hacerlo... Lo siento, espero que no me odies nunca.

Elisabeth

Mi madre tenía pensado que nos fuéramos. Íbamos a abandonar a mi padre. ¿Cómo es posible que jamás me lo dijera? Mis ojos se habían llenado de lágrimas y ni siquiera me había dado cuenta. Me sentía mal, muy mal al pensar que mis padres se amaban y que era todo una mentira... Nunca pensé que me enteraría de algo así, pero por lo visto hoy era el día de enterarme de todo. Volví a dejar la carta de mi madre en la mesilla y apagué la luz para dormir, aunque me costó hacerlo pues prácticamente daba vueltas en la cama sin poder dejar de pensar en todo. Mi madre, el problema de mi padre y... Suspiré al pensar en Alexander. Cogí el móvil para ver si había respondido y sí que lo había hecho. Incluso había varios mensajes. Me había quedado tan mal después de leer la carta que ni siquiera cogí el móvil para revisarlo.

Interesante opción. Me gustaría secuestrarte, pero no solo mañana, si no todos los días.

Veo que te asusté, puedes decir que no si no te apetece.

De verdad siento si te he molestado, Maya. Que descanses.

El pobre pensó que me había enfadado y no era así. Comencé a escribirle una respuesta.

Sí quiero que me secuestres mañana y todos los días, Alex.

Buenas noches, te espero mañana a la hora que decidas venir por mí.

Después de eso, dejé el móvil en la mesilla y ahora sí que me quedé dormida con una sonrisa marcada y con la sensación de que mañana sería un gran día.

A la mañana siguiente me recogió temprano, así que no pude ir a la cafetería que tenía pensada para pedir trabajo. Ese día me llevó a un lugar hermoso, un parque donde comimos y charlamos de nosotros. Después de ese día vino otro y otro y así nos estuvimos viendo todos los días durante más de una semana. Ningún día nos habíamos besado y aunque me moría de ganas, no me parecía correcto, no aún.

Esa noche, al dejarme en casa, me dijo que me recogería al siguiente día pues me tenía preparada una sorpresa. Yo sonreí complacida y al darle un beso en la mejilla, sentí cómo su piel se erizaba, acompañando a la mía. Luego entré en mi casa y él se marchó. Yo subí a mi habitación y me acosté temprano, estaba cansada. Todos esos días no había hablado con mi padre, de igual forma, él en ningún momento me buscó para nada, ni siquiera para saber cómo estaba, así que yo tampoco lo buscaba a él. Así que lo único que conseguíamos era separarnos más y enfriar la poca relación que ya teníamos.

Por la mañana, Alex me recogió y al subirme en su coche, le di un beso en la mejilla y sonreímos nerviosos. Me encantaba verle todos los días, me estaba acostumbrando a él.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—No te lo diré hasta que llegemos —respondió, reprimiendo una sonrisa.

Así fuimos todo el camino, entre sonrisas y secretos, pues no me quería decir donde me llevaba. Minutos más tarde, aparcó delante de la discográfica y me puse nerviosa, no quería entrar y discutir de nuevo con su hermano. No le caía bien, eso estaba claro.

—¿Qué hacemos aquí? Tu hermano se enfadará —dije nerviosa.

—No lo hará. Fue él quien me pidió que te trajera para hacerte esa

prueba. —Yo fruncí el ceño, no entendía nada.

Bajamos del coche y caminamos con las manos entrelazadas. Me gustaba tanto ir así con él que separarlas me parecería raro. Mi cuerpo temblaba nervioso, no quería que su hermano me humillara de nuevo y que volvieran a pelearse. Cuando entramos, Edmun me miró y se acercó a mí.

—Hola, Maya. Quería disculparme por cómo me porté contigo el otro día —expresó y yo me encogí de hombros, restándole importancia.

—Disculpas aceptadas.

Después de eso, me metieron en el estudio de grabación hecha un manojo de nervios. Al final, Edmun quiso escucharme pero yo no sabía qué cantar. Alex entró conmigo para tranquilizarme hasta que lo consiguió. Salió del cubículo y me puse delante del micrófono, ya sabía que canción cantar: *Who you are* de Jessie J pero versionada en español. Me gustaba tanto esa canción.

Miro fijamente a mi reflejo en el espejo,

¿Por qué me estoy haciendo esto a mí misma?

Perdiendo la cabeza por un pequeño error,

Casi dejo a mi verdadero yo en la estantería, no, no, no.

No te pierdas a ti misma (quien eres)

En la confusión de las estrellas,

La vista es engañosa,

Soñar es creer,

Está bien si no está bien.

Mientras cantaba, vi como una media sonrisa aparecía en los labios de

Edmun y Alex no se quedaba atrás, parecía estar maravillado, iluminando todo el lugar con su hermosa sonrisa. Yo seguía cantando sin apartar la mirada de él, del hombre que había robado mi corazón en menos de dos minutos. Cuando terminé, los dos aplaudieron alocados, les había gustado y para mí eso era muy importante. Salí de aquel cubículo y ambos me esperaban con una gran sonrisa marcando sus hoyuelos, eran muy parecidos. Los dos eran rubios con ojos azules, lo único que les diferenciaba era que Edmun era más alto que Alexander.

—Vaya voz, jamás en mi vida había escuchado nada igual. Es como escuchar el cantar de una sirena —elogió Edmun.

—¿Ves lo que te decía? —habló su hermano.

Yo los miraba boquiabierto, pues se habían puesto a discutir mi contrato. Sí, mi contrato. Me harían brillar, harían que todos me escucharan, incluido mi padre que era el que no confiaba en mí. Alexander se acercó a mí para darme un beso en los labios. Entonces se dio cuenta de que me había besado por primera vez.

—Lo siento, no pretendía hacerlo, fue un impulso —se disculpó y yo me acerqué a él para volver a besarle.

—Prefiero mil impulsos a vivir sin tus besos —respondí y sus ojos brillaron.

El amor había llamado a mi puerta y de qué manera más particular.

—Eres perfecta —susurró en mi oído. Mi piel se erizó al escucharle. Estaba alucinada, él también era perfecto, pero un perfecto desconocido.

Después de hablar por horas e incluso haber comido en el estudio por falta de tiempo, Alex me llevó a casa pues habíamos pasado casi todo el día

juntos y yo no sabía por qué pero necesitaba contarle a mi padre lo que había pasado. Al llegar, nos quedamos algunos minutos más en el interior de su coche. No quería irme, quería estar más tiempo con él.

—Mañana te recogeré de nuevo. No puedo pasar ni un día sin verte y es algo extraño, nunca me ha pasado con nadie, pero contigo... no sé qué me pasa —confesó, mirándome fijamente.

—A mí me pasa lo mismo —respondí con una sonrisa ladeada y besé sus labios para luego bajarme del coche.

Al llegar a la puerta, me despedí con la mano y entré. Caminé hasta el salón y mi padre estaba sentado en el sillón leyendo el periódico. Se le veía tan tranquilo y sereno que no quería molestarle, así que me di la vuelta para marcharme, pero me escuchó y me llamó para que me sentara a su lado. Cuando lo hice, me miró y cogió mis manos. Lo sentía preocupado.

—¿Pasa algo, papá?

—No, es solo que hace días que no hablamos y no me dijiste nada de la carta de tu madre. No quería enseñártela, pero pensé que era el momento de que supieras lo que tu madre quería hacer y los motivos —explicó apenado y sentí su voz arrepentida—. Maya, no puedo exigirte que estudies medicina, eso es algo que debes elegir tú y si lo que quieres es cantar, te apoyaré. Hagas lo que hagas te apoyaré. Lo entendí al darte la carta de tu madre, pues el motivo de su huida era por esto mismo, porque ella sabía que destrozaría tus sueños como hice con los de ella. Quería ser cantante pero lo dejó todo por mí y yo se lo pagué de la peor manera. No quiero hacer lo mismo contigo y que me abandones. —Tenía los ojos llenos de lágrimas y su voz temblorosa.

Me acerqué a él y lo abracé, no quería que pensara que lo iba a abandonar, eso nunca podría hacerlo. Era mi padre y le quería, aunque

hubiéramos pasado por malos momentos en esta vida, le quería.

—Papá, no te abandonaré, te lo prometo —respondí, aguantando las lágrimas que amenazaban con salir, pero es que estaba tan feliz que no quería llorar—. Ahora te contaré algo. —Mi padre puso toda su atención en mí y yo proseguí—. Acabo de firmar un contrato con la discografía Miller Music —confesé y él abrió los ojos desorbitados.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Conocí hace una semana a Alexander Miller y papá... no sé qué me pasa con él, pero me siento en una nube cuando lo tengo cerca.

—Hija, ten cuidado. No me gustaría que te engañaran —habló preocupado y lo entendí.

Era normal que sintiera eso, pues se trataba de Alexander Miller. Y claro, ¿cómo se había fijado en mí? Aún no me lo creía y por eso mismo estaba en una nube. Estuve hablando con mi padre por una hora más y ya me sentía cansada, además Alex me dijo que me recogería aunque no sabía a qué hora.

Subí a mi habitación y después de ducharme, me puse el pijama y me acosté, aunque esa noche poco dormiría pues unos ojos azules no me dejarían pegar ojo en toda la noche. ¿Y si cambiaba los pensamientos por sueños? Lo intenté y me quedé dormida soñando con él.

La luz del sol entraba por mi ventana, sentí el calor que desprendía y me sofoqué de inmediato haciendo que me despertara sudada. Me levanté y fui directa a la ducha. Al terminar, salí y me vestí en tiempo record. No sabía si Alex vendría a por mí ya o más tarde, así que aprovecharía para ir a la cafetería que llevaba toda la semana pensando para pedir trabajo de camarera. Salí de mi habitación y me encaminé a la cocina para saber si mi padre ya estaba levantado, pero no había nadie, así que supuse que seguiría en su

habitación y me marché. Ya dentro del coche, puse camino a la primera cafetería más cercana y cinco minutos después estaba buscando aparcamiento. Entonces me llegó un mensaje, era de Alex pero no lo abrí, no antes de hablar con el encargado de la cafetería. Necesitaba encontrar un trabajo urgente.

Entré en la cafetería buscando al encargado y lo encontré enseguida, pero era una mujer, así que sería más fácil para mí. Me acerqué a ella decidida y pude verla más de cerca. Era una mujer de mediana edad, se le veía una persona dulce que me recordó mucho a mi madre.

—Buenos días. ¿Es usted la encargada? —pregunté tímidamente. Ella se dio la vuelta y asintió con una sonrisa.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verá estoy buscando trabajo y me preguntaba si... necesitarían alguna camarera o limpiadora. Hago lo que sea y aprendo muy rápido —respondí nerviosa.

—Estás de suerte, justo una de mis camareras tuvo que irse y se quedó un puesto libre para la barra. ¿Te interesa? El sueldo no es muy alto, pero para comenzar está bien...

—Acepto —no la dejé terminar de explicarse. Le sonreí complacida y me devolvió la sonrisa.

—Está bien. Puedes empezar mañana si quieres. —Asentí—. Acompañame a mi despacho que te informo de todo.

Allí estuvimos hablando más de media hora, pues tenía mucho que explicarme. Los horarios, el sueldo, los días de descanso, etc. Una vez que terminó, me fui. Alex estaría preocupado, así que nada más salir de la cafetería cogí el móvil y le respondí a los mensajes que aún no había leído.

Buenos días, princesa. En media hora te recojo, solo tienes que decirme dónde estás.

Al leer el primer mensaje sentí cómo mi pecho se comprimía y me ponía nerviosa. Me había llamado princesa, a mí. Parecía tonta, pero en realidad nunca un hombre me había gustado como él me estaba gustando. Leí el siguiente y al llegar al último donde decía que estaba nervioso y preocupado, solté una risita estúpida. Pensé en responderle, pero preferí llamarle directamente. Marqué su número y al segundo tono me respondió.

—*Maya, ¿dónde estás? Me tenías preocupado* —expresó nervioso y reprimí una sonrisa.

—*Hola, príncipe. No te preocupes, estaba en una entrevista de trabajo y te llamaba para que vinieras a recogerme o yo voy donde sea en mi coche.*

—*¿Cómo me has llamado? ¿Así que soy tu príncipe?*

—*Y yo tu princesa, ¿no?*

Mi voz sonaba entrecortada, estaba muy nerviosa. No sabía cómo un hombre al que conocía de muy poco podía provocar eso en mí. No lo entendía, pero tampoco me importaba demasiado. Hablamos por unos minutos más y después de darle la dirección de la cafetería, colgamos y me senté en un banco del parque que había frente a mí.

Mientras esperaba, volví a sacar la carta de mi madre. Darme cuenta que mi familia era una mentira, que mi madre no amaba a mi padre, hizo que pensara muy bien sobre el amor. ¿De verdad existía? ¿Se podía amar a una persona sin conocerla? Esas preguntas ya iban por mí y Alex, porque no podía decir que fuera amor, pero algo había y aunque comenzara con una atracción, ¿podía llegar a algo más?

En ese momento sentí un olor embriagarme, me di la vuelta y la sonrisa de Alex me hipnotizó. Me levanté y caminé decidida hasta él. No sabía cómo actuar frente a él, pues aunque llevábamos viéndonos varios días, todavía me ponía temblorosa ante él. Se acercó y me dio un abrazo que recibí gustosa.

—Estaba como loco por verte, princesa.

Su voz sonaba tan dulce y aterciopelada que me erizó la piel por completo. Sentí sus labios en mi cuello y me estremecí entre sus brazos. ¿Cómo podía reaccionar mi cuerpo ante él y sus besos? No entendía nada, ni yo misma me entendía. Nos separamos y atrevida, le di un beso en la comisura de sus labios. Sentí como Alex se ponía nervioso y eso hizo que cogiera más confianza y acercara mis labios a los suyos, fundiéndonos en un dulce beso. Al separarnos, sonreímos y yo me sonrojé.

—Si llego a saber que me ibas a recibir así, vengo antes —dijo, haciéndome reír.

—No seas tonto. Es solo que me apeteció hacerlo.

—Puedes hacerlo siempre que quieras, princesa.

Dicho eso, caminamos hasta su coche y entramos. No quería decirme dónde íbamos y eso me ponía un poco histérica, pero confiaba en él y en parte eso era lo extraño. Confiaba en un hombre desconocido, pero parecía que nos conocíamos de toda la vida, aunque si lo hubiera conocido antes, lo recordaría.

—¿Dónde me llevas? —pregunté ya sentados en el coche.

Alex sonrió y negó, encogiéndose de hombros. Esa no era la respuesta que quería.

—Es una sorpresa.

—Las sorpresas me ponen nerviosa —declaré y él rio.

—Creo que esta te gustará y si no, siempre podemos ir a otro sitio, pero hoy quiero pasar el día entero contigo. —Asentí reprimiendo una carcajada. Parecía un niño pequeño, me hacía mucha gracia su actitud. No le pegaba eso de ser secuestrador.

Sin decir ni una palabra más, Alex fijó sus ojos en la carretera y yo me dediqué a mirar el paisaje que el viaje me regalaba. Una hora después o eso creo, llegamos hasta un lago. El lugar desde lejos se veía precioso, jamás había estado en un sitio como este. Alex aparcó el coche justo delante de una cabaña que era simplemente perfecta y ambos nos bajamos del coche. Cogió mi mano con dulzura y tiró de mí para adentrarnos al interior de la cabaña. Allí, se acercó a mí para coger mi rebeca y mi bolso.

—Ven que te enseñe todo —dijo ilusionado, yo también lo estaba.

Comenzamos por el piso de arriba, donde estaban las habitaciones. Por fuera parecía más pequeña de lo que realmente era. Toda la decoración era rústica y me encantó, pues parecía un hogar, un hermoso hogar donde crear una familia. Las habitaciones era grandes y todas de colores vivos, el amarillo reinaba en cada lugar y me fascinó. Volvimos a bajar y fuimos a la parte trasera, donde había una mesa preparada con comida. Miré a Alex y este me guiñó un ojo.

—¿Tienes hambre? —preguntó y yo asentí.

Caminamos hasta el césped y nos sentamos. Fruncí el ceño, pues no había nadie más en la casa.

—¿Cómo preparaste todo? —pregunté confundida.

—Fue mi abuela —respondió y me sorprendí.

—¿Tu abuela? ¿Y dónde está ahora?

—Ya se ha ido. ¿Querías conocerla? Porque si es así, después vamos a verla. No vive muy lejos de aquí y por eso le pedí que lo preparara todo mientras yo te recogía.

Ambos soltamos una carcajada. Saber que su abuela sabía sobre mí me ponía más inquieta porque eso significaba que para Alex no era una simple amiga o eso creía en este momento. Miré hacia la mesa, su abuela había preparado unas verduras con carne a la plancha. Todo tenía muy buena pinta. Entonces Alex se levantó y entró en la cabaña donde cogió dos copas y una botella de vino blanco.

—Vaya, has pensado en todo —afirmé.

—Claro, la tenía enfriándose. ¿Te gusta el vino blanco?

—Sí, me gusta. Gracias.

Nos miramos y en ese momento no había nadie más que él y yo en un precioso lago. No podíamos dejar de mirarnos y ya me estaba acostumbrando a esos ojos azules y su sonrisa, pues desde que lo conocí me sentía bien, me sentía alegre, mucho más que días anteriores. Porque Alex hacía que me olvidase de mis problemas, de la carta de mi madre y de los asuntos con mi padre, me olvidaba de todo.

—¿Tienes hambre? —pregunté para cortar las miradas, sino no comeríamos nunca y aunque me encantaba sentir su mirada, no podíamos hacerle a su abuela el desplante de no devorar la comida que parecía deliciosa.

—Claro, perdona.

—No te disculpes, no tienes por qué —respondí.

Nos pasamos toda la comida hablando de nosotros y nuestras familias. Me contó que sus padres habían muerto hacía ya un par de años y que desde entonces su hermano Edmun y él eran los encargados de la discográfica. Me sentí mal por él cuando me contó que su hermano desde entonces no era el mismo y que por eso siempre peleaban. Antes se llevaban bien, pero desde aquel día todo cambió. Todas las cosas que hoy me contaba, no me las había dicho en los días anteriores, suponía que necesitábamos coger más confianza para poder abrir nuestros corazones aún más de lo que ya estaban. Yo le conté que mi madre murió cuando tenía quince años y que a mi padre le pasó lo mismo que a su hermano.

Nos dimos cuenta de que éramos unos incomprendidos. Me sentía muy bien con él y cogí confianza en seguida, contándonos todo. Bueno todo no, no quise confesarle los problemas económicos que mi familia estaba atravesando, pues no quería que pensara que podía aprovecharme de él.

—¿Entonces trabajarás en la cafetería? —preguntó curioso.

—Sí, no quiero estar todo el día sin hacer nada —respondí y parece que esa respuesta se la creyó.

Había pasado ya más de dos horas desde que llegamos a la cabaña y no habíamos parado de conocernos. Todo lo que descubría de él me encantaba y me hacía verlo de diferente manera. Al principio era atracción pero me di cuenta que necesitaba su sonrisa para sentirme bien y seguir. De pronto se levantó y se acercó a mí.

—Demos un paseo —habló con la voz ronca.

En todo momento que habíamos estado juntos, no le había oído hablar así y me puso nerviosa haciendo que mi corazón latiera a mil por hora. Me levanté cogiendo su mano y cada vez que sentía su contacto en mi piel, esta se erizaba.

Caminamos en silencio, con nuestras manos entrelazadas y cuando llegamos a un árbol enorme, se paró y se puso frente a mí con una sonrisa y el nerviosismo metido en el cuerpo.

—¿Qué hacemos aquí? —Estaba confundida. Nos habíamos alejado bastante de la cabaña. Alex me ayudó a subir a una roca que había justo delante de ese inmenso árbol y mi boca se abrió sorprendida, parecía el árbol del amor.

Había miles de nombres tallados en él, miles de parejas que habían grabado sus nombres junto con un corazón en ese árbol. Me parecía la cosa más bonita que jamás había visto, pues ¿cuántas parejas había visto ese árbol? ¿Cuánto amor guardaba?

—Verás yo... he pensado que podemos poner aquí nuestros nombres — propuso con voz temblorosa. Asentí emocionada y Alex sacó de su bolsillo del pantalón una navaja.

Lo tenía todo planeado y había sido una sorpresa preciosa. Saber que quería poner nuestros nombres en ese majestuoso árbol donde tantas parejas enamoradas se habían declarado su amor, me llenaba de alegría.

Cuando terminó de tallar nuestros nombres, guardó la navaja y se dio la vuelta para mirarme. Nuestros ojos no se apartaban y se acercó para besar mis labios. Justo ahí, en ese momento, me sentí la mujer más feliz del mundo. Recibir un beso de él bajo ese bonito árbol era mágico. Al separarnos, toqué con la yema de mis dedos nuestros nombres junto a una frase que no había leído.

Alex y Maya. Tu voz me enamoró convirtiéndose en, nuestra loca melodía.

Mis ojos se abrieron sorprendidos y le miré de nuevo.

—Maya, sé que no nos conocemos demasiado y creerás que estoy loco, pero estoy enamorado —declaró mirando mis ojos y yo no sabía qué hacer. ¿Había dicho enamorado? ¿Era amor? No lo sabía. Era muy pronto, ¿no?

—¿Enamorado? —pregunté confundida y nerviosa. Él asintió con una pequeña sonrisa.

—Sí, enamorado, pero enamorado de tu voz —susurró mandando escalofríos a todo mi cuerpo, aunque que dijera que estaba enamorado de mi voz no era la respuesta que quería oír. Y yo pensando que estaba enamorado de mí y resulta que era de mi voz... Qué patética soy.

Agaché la mirada, avergonzada. Si estaba enamorado de mi voz, ¿por qué me besaba? ¿Por qué me trataba como si fuéramos novios? Estaba hecha un lío y él parecía igual que yo.

—Oh, de mi voz —hablé en un susurro casi audible.

El me miró como si estuviera intentando acceder a mi mente, para así ver lo que pensaba en ese momento. Mi cara había cambiado de feliz a triste en un segundo.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

Yo negué restándole importancia, no quería decir algo que no venía a cuento, que no era correcto y que yo misma había creado en mi mente. No quería que lo que tuviéramos se rompiera por culpa de mi estúpida mente que siempre estaba viendo cosas donde no las había. Alex agarró mis mejillas para que le mirase de nuevo y así lo hice, pero mi mirada más bien se desviaba hasta nuestros nombres tallados en el árbol.

«Qué estúpida y enamoradiza eres, Maya», me regañé.

El seguía escrutándome con la mirada, pero yo no le diría nada. Lo que

quería era salir corriendo de allí para enterrar el amor que creí sentir por él. ¿Porque estaba enamorada de él? Sí, sí que lo estaba y me daba cuenta en este momento en el que pensé que él también lo estaba, pero no, él estaba enamorado de mi voz.

Me bajé de la roca bajo su atenta mirada y él me siguió en silencio. Prefirió no decir nada, pues con lo que había dicho era suficiente. El silencio reinaba entre nosotros y yo no quería estar así en un día que estaba siendo tan especial. Cuando llegamos a la cabaña, fingí mi mejor sonrisa y me senté frente al lago. Era una auténtica maravilla. Ya estaba anocheciendo y algunas estrellas comenzaron a aparecer.

—Hay estrellas que brillan de día —dijo, sentándose a mi lado.

No le miré, no podía. Me sentía una niña estúpida. ¿Cómo fui capaz de creerme que sentía algo por mí? Era una estúpida. Alex cogió mi mano y posó sus labios en mis nudillos, mandando escalofrió a todo mi ser. Mis ojos se posaron sobre el oscuro cielo.

—¿Me llevas a casa? Creo que ya es tarde —propuse apenada.

—Pensé que te quedarías esta noche conmigo —afirmó y yo negué.

¿En serio? ¿Cómo pretendía que me quedara con él? Esto era de locos.

—No creo que sea lo correcto. Tú y yo solo somos amigos y no creo que deba quedarme contigo. Además, prefiero irme a mi casa, si no te importa —sentencié y vi cómo sonreía—. ¿De qué te ríes? ¿Qué te hace tanta gracia?

Mi voz sonó cabreada y es que no le entendía, ¿acaso se estaba burlando de mí? Porque si era así, esta noche sería la última vez que nos viéramos.

—Tú.

—¿Yo? Esto es el colmo —alcé la voz, levantándome y acercándome al

lago.

Me estaba cabreando y en cualquier momento lo mandaría a la mierda o más lejos, porque podía ser una chica inocente, pero no estúpida. Alex se acercó a mí y pasó sus brazos por mi cintura para abrazarme por detrás. Me asustó, pues no me lo esperaba.

—Será mejor que me sueltes —dije cabreada.

Alex hizo caso omiso y me apretó aún más. Sentí cómo su pecho subía y bajaba en mi espalda y pude notar cómo los latidos de su corazón latían igual de rápido que el mío. Sin querer y casi por inercia, eché mi cabeza en su pecho. Las vistas que esta noche nos regalaba eran perfectas y la compañía aún lo era más, aunque él no sintiera lo mismo que yo.

—Siento que te hayas confundido —susurró en mi oído y besó mi cuello.

Encima tenía la cara de disculparse por pensar que estaba enamorado de mí. Era un estúpido y mi cabreo volvió, llegando a límites insospechados. Me di la vuelta y vi el sarcasmo en su mirada, parecía que se lo estaba pasando muy bien a mi costa. Entrecerré mis ojos y arrugué mi frente a la vez.

—Te pones hermosa cuando te enfadas.

—Oh, Alex, corta el rollo. De verdad no tienes por qué decirme cosas bonitas. Ya has dejado claro tus sentimientos.

Mi respuesta hizo que soltara una carcajada y consiguió que estampase mi mano en su mejilla, callándolo de pronto. Aunque también conseguí que se acercara y me besara por la fuerza. En un principio no quería que lo hiciera e intenté separarme, pero poco a poco, desistí y me dejé hacer, tanto que dejé que me besara con pasión, calentando mi cuerpo más de la cuenta. No podíamos dejar de besarnos y ya sentía cómo mi piel pedía a gritos sus

atenciones. Necesitaba sus manos en mi piel, sus labios en mi cuello. Le necesitaba tanto a él... Entonces tantos besos y tanta desesperación llevaron a querer amarnos, desnudar nuestros cuerpos y nuestras almas.

Fuimos despojándonos de nuestra ropa. Yo estaba completamente hipnotizada, ni siquiera pensaba en el hecho de que me había dicho que estaba enamorado de mi voz. Alex se separó un momento y me contempló bajo la luz de la luna. Mis ojos brillaban llenos de amor y entonces con una sonrisa comenzó a hablar.

—Sé lo que te pasa —dijo seguro de sí mismo y yo abrí los ojos, ahora la que intentaba conocer lo que pensaba era yo—. Es porque dije que estoy enamorado de tu voz, pensaste que sólo era de tu voz —parecía una pregunta, pero era una afirmación.

Yo no sabía si responder, pero lo tenía que hacer para no quedar como una auténtica estúpida.

—¿Y no es así? —pregunté avergonzada.

Él negó y me abrazó tan fuerte que parecía que no quería que me escapara. Sentía cómo sus latidos latían al mismo tiempo que el mío, era como estar escuchando una melodía entre los dos, nuestra propia melodía y era algo precioso.

—Me enamoré de tu voz, pero cuando vi tu rostro, me di cuenta que también me había enamorado de ti. Es una auténtica locura, pero te quiero —susurró con la voz entrecortada y mi corazón aleteó cual mariposa, había sido la mejor declaración de amor que había escuchado jamás.

—¿En serio? —pregunté y asintió—. Yo también te quiero.

Sus labios se pegaron más a los míos, dándome el beso más increíble que

nunca me habían dado. Sus labios pegados a los míos eran tan dulces que sentía unas inmensas ganas de tenerlo así por el resto de nuestras vidas. Estábamos locos porque sólo nos conocíamos de muy poco, casi nada, y ya estábamos así, como si fuéramos novios de años.

Alex me cogió en brazos y me llevó hasta el interior de la cabaña. Todo sin dejar de besarme, pues no podíamos parar de hacerlo. Al entrar y cerrar la puerta con la pierna, me dejó en el suelo. Nos quitamos con delicadeza la poca ropa que nos quedaba hasta que me quedé en ropa interior. La mirada de Alex recorrió mi cuerpo con lujuria y así, me abrazó y me alzó del suelo para que enroscara mis piernas en su cintura. Él ya estaba desnudo y comencé a tocar con suaves caricias su duro pecho.

—Eres lo más hermoso que me ha pasado jamás —confesó con la voz entrecortada, pues la locura de estar unidos piel con piel estaba presente y lo necesitábamos ya.

Sus besos alcanzaron mi cuello mientras agarraba con fuerzas mis caderas. Subimos al piso de arriba y llegamos a la primera habitación que encontramos. Entramos en ella y despacio y con delicadeza me recostó en la cama. Desde su altura, me miraba con deseo, un deseo que ambos sentíamos. Yo estaba nerviosa, pues para mí era la primera vez y tenía miedo de decírselo, pues no quería que esto se rompiera. Alex se puso encima de mi cuerpo y comenzó a dejar un reguero de besos por todos lados.

—Alex... tengo algo que decirte —hablé con un hilo de voz.

Levantó la mirada y fue subiendo desde mi ombligo hasta mi altura, depositando dulces besos que me llevaban a la locura, hasta perder la poca cordura que me quedaba.

Entonces se recostó a mi lado y me abrazó. Puse mi cabeza en su pecho y

ya me imaginaba que sabía lo que le iba a decir.

—Alex, yo... yo.

—No digas nada. Solo cuando estés preparada. Si no es ahora, será en otro momento pero serás mía, solo mía y eso es algo que no va a cambiar jamás, ¿de acuerdo? —Asentí y me aferré entre sus brazos hasta que nos quedamos dormidos.

Me respetó y eso era muy importante para mí, pues aunque deseaba que me hiciera el amor, no estaba preparada. Esa noche dormí con él y fue la mejor noche que pasé en toda mi vida. Dormir aferrada a sus brazos para no dejar que me fuera, me hizo sentir protegida.

Me desperté por el calor sofocante que el cuerpo de Alex desprendía. Estaba acostumbrada a dormir sola, pero me gustó eso de despertar a su lado y poder contemplarlo, amanecer con él. Todo eso me gustaba. Acerqué mis labios y le di un beso en los suyos, tan solo un pequeño roce. Ni siquiera se dio cuenta, así que me levanté y fui al baño para llenar la bañera. La primavera estaba terminando y pronto tendríamos el verano aquí, por eso ya el calor se sentía más fuerte. Cuando la bañera terminó de llenarse, me quité la ropa interior y me metí en ella. Eché la cabeza hacia atrás y me sumergí en el agua. Esa paz y relajación era la que necesitaba desde que había dejado la universidad. Me quedé en la misma postura y cerré mis ojos, completamente relajada.

Unos minutos después, escuché un carraspeo y abrí los ojos. Me tapé como pude y Alex soltó una carcajada que hizo que le tirara agua, mojándolo por completo.

—Con que esas tenemos... Ahora verás —dijo fingiendo enfado y rápidamente se despojó de sus bóxer y se metió en la bañera conmigo.

Me puse nerviosa porque aunque no lo había visto desnudo porque me había tapado los ojos, avergonzada solo el hecho de tenerlo tan cerca y ambos desnudos me inquietaba. Aunque también mi cuerpo pedía a gritos sus caricias... Ambos nos miramos sin decir nada. Le sonreí y me acerqué a él, poniéndolo nervioso. No sabía si estaba preparada, solo sabía que le necesitaba.

—¿Qué haces? —preguntó cuándo sintió mis manos tocando sus piernas.

—Nada, solo intento abrazarte.

Mi respuesta fue el detonante para que Alex se volviera loco de deseo y me cogiera en brazos, sentándome encima de sus piernas. Solo eran roces, solo besos fugaces y tímidas caricias, pero solo con eso ya me estaba volviendo loca y quería más... Sí, quería más, mucho más.

—¿Estás segura? —Su voz dulce pasó a ser una voz ronca y llena de deseo.

Asentí sin apartar mi mirada y abrí mis piernas para sentarme a horcajadas sobre él. Aún no había entrado en mí, pero ya su roce hizo que mi interior se contrajera deseando tenerlo dentro de una vez por todas. Sin decir nada, yo misma lo cogí con mis manos haciendo que él soltara un gemido y lo puse justo en la entrada de mi intimidad. Alex abrió los ojos, sorprendido, pues no esperaba que hiciera eso. Bajé poco a poco hasta que fue entrando. Un grito de dolor mezclado con deseo se escapó de mi garganta y Alex me abrazó fuerte, mientras entraba del todo. Me dolía, claro que me dolía, pero más era la necesidad que sentía por tenerlo así, que el dolor en sí.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Sí, lo estoy. Te quiero —respondí y cogió mis caderas para que me moviera despacio.

Me moví despacio y en todo momento Alex estuvo pendiente de mí, besando cada parte de mi piel, lamiendo con ansia mi cuerpo. Poco a poco el dolor se convirtió en placer, el placer de su sexo en mi interior, haciéndome el amor, haciéndome suya por completo. Sin decir nada, Alex, se levantó conmigo en brazos y me llevó hasta la cama. La pusimos empapada, pero en este momento nos daba igual.

—Aquí te amaré como te mereces, como mi princesa —dijo dulcemente.

Recostada, Alex aprovechó el acceso a todo mi cuerpo y lo hizo suyo por completo, besando, lamiendo e incluso mordiendo despacio para volverme más loca. Subió con su lengua hasta mis pechos y despacio volvió a entrar en mí. No escuchábamos más que nuestros gemidos y como había dicho anteriormente, nosotros creábamos la mejor de las melodías, daba igual si era latidos o gemidos, pues solo éramos nosotros con nuestra dulce melodía, nuestra loca melodía. Poco a poco nuestro deseo se fue intensificando para volvernos más locos, pues estábamos a punto de llegar al clímax.

—Te quiero, Maya. —Y con esa declaración, llegamos al mismo tiempo.

Alex cayó encima de mí y me abrazó. Posó su cabeza en mi pecho e intentamos recobrar la cordura y el aliento. Jamás había imaginado así mi primera vez, había sido la más perfecta, la más hermosa y nunca la olvidaría. Se recostó a mi lado y me abrazó por atrás, pegándose a su pecho. Me dio un beso en el cuello y nos quedamos dormidos.

Horas más tarde, me desperté y estaba sola en la cama. ¿Dónde estaba Alex? Me levanté de la cama y enrollé la sabana a mi cuerpo para salir en su busca. Bajé las escaleras y caminé por la sala. Lo encontré en la cocina preparando algo que olía delicioso. No se dio cuenta de mi presencia hasta que se dio la vuelta y le sonreí. Dejó lo que estaba haciendo y vino hasta mí con su particular sonrisa de “Soy el hombre más afortunado del mundo” o eso

pensaba yo. Me abrazó fuerte y me perdí entre sus brazos.

—Buenos días, princesa. —Besó mi cuello—. ¿Tienes hambre?

—Mmm, sí, mucha —respondí y arqueó una ceja, haciéndome reír.

—Tienes que esperar primero a comer algo, después puedes hacer conmigo lo que quieras —dijo, ganándose una palmada en el brazo.

—Serás... —Salí corriendo para que no me cogiera.

Después de jugar alrededor de la isla que había en medio de la cocina y ya habiéndome alcanzado, Alex me cogió en brazos y me sentó en la misma. Quitó la sábana que cubría mi cuerpo y me miró. Vi cómo tragó saliva, su pecho subía y bajaba deprisa como el mío, pues sentía lo mismo. Pasó sus manos por mis pechos y mi cuerpo entero se estremeció.

—¿No piensas comer? —pregunté coqueta.

—Sí —respondió en el mismo instante que posaba sus labios en mis pechos.

Volvió a tomar mi cuerpo a su antojo, sobre la encimera. Íbamos a comer y acabamos comiéndonos nuestros cuerpos. Había sido mi primera vez en la mañana y ya tenía la necesidad de que me hiciera el amor a todas horas, pues era tan dulce, tan hermoso y me hacía sentir tan bella, que quería repetirlo una y otra vez. Me hizo el amor de nuevo y cuando terminamos, fuimos hasta el baño para ducharnos. Aún no habíamos comido y Alex tenía otros planes que comer en la cabaña. Al terminar, nos vestimos y salimos de la casa, nos dirigimos al coche y nos montamos.

—¿Te importa si pongo la radio? —pregunté sonriéndole.

Negó y busqué la sintonía que más me gustaba, donde ponían mis canciones favoritas y hasta que no la encontré, no paré de darle al botón.

Pronto comenzó una canción que me gustaba mucho y que hablaba de nuestro encuentro, de nuestro amor a primera vista. Era una canción actual y ya cuando la oí hacía unos días, sabía que era nuestra. Se trataba de *Mi ángel* de Dmei ft. Eva Ruiz.

*Cuando yo te miré
Tú me empezaste a hablar,
Imagine tus caricias
Tú forma de amar,
El tiempo se paró,
No existe nada más,
Y enloqueciste mi mundo,
El cielo en el mar...*

La canté bajo su atenta mirada porque cada letra hablaba de nosotros y de lo que sentimos al vernos por primera vez. Alex puso de nuevo la vista al frente y sonrió feliz, contagiándome de esa felicidad.

—Tienes una voz perfecta.

—Gracias, Alex... por todo lo que has hecho por mí, por llegar a mi vida en el peor momento y conseguir sacarme una gran sonrisa y seguir haciéndolo día a día —expresé, emocionada.

—No tienes que darme las gracias. Todo lo hago porque tú hiciste lo mismo conmigo.

Cogió mi mano y la besó.

Minutos después paramos frente a una casa que estaba a las afueras,

aunque no muy lejos del lago. Me imaginé que era la casa de su abuela y me emocioné, tenía ganas de conocerla. Alex antes de bajar del coche, me sonrió y yo lo imité. Rodeé el coche y se puso a mi lado, cogiendo mi mano con fuerza. Parecía nervioso, mucho más que yo y eso que veníamos a ver a un familiar suyo.

Subimos las escaleras y nos acercamos a la puerta. Alex estaba hecho un flan y le di un apretón de manos para que se calmara.

—¿Nervioso? —pregunté, reprimiendo una sonrisa.

—Un poco y no sé por qué, pero bueno... Seguro que se enamora de ti —respondió con dulzura y dio dos toques en la puerta de madera.

Unos minutos después en los que Alex no me soltó la mano en ningún momento, abrió una señora de unos sesenta años. Era alta y tenía unos ojos azules que deslumbraban, era muy parecida a Alex. Él se acercó y le dio un beso en la mejilla, aunque ella no apartaba la mirada de mí, inspeccionándome. Yo le sonreí complacida, tenía miedo de caerle mal.

—Abuela, ella es mi estrella. Maya, ella es mi abuela Leonor. —Ambas sonreímos y nos dimos un efusivo abrazo.

—Pero pasad, no os quedéis ahí —dijo dulcemente.

Entramos en la pequeña casa y era muy parecida a la cabaña, así que ya me imaginé quién era quien le daba el toque rural. Su abuela se encargaba de todo, sobre todo de sus nietos y era admirable. Nos sentamos en el sofá y ella fue a la cocina para traernos un café. Alex aprovechó para besarme y abrazarme. Era tan cariñoso que a veces me sentía abrumada.

—Tenía muchas ganas de besarte —confesó con sus labios aún pegados a los míos.

—Y yo que lo hicieras. —Escuchamos un carraspeo y nos separamos de golpe, haciendo reír a su abuela. Nos había pillado.

Me sentí un poco avergonzada. Alex apretó mi mano mientras que su abuela me ofrecía una taza de café, que cogí gustosa.

—Bueno, Maya, ¿cuándo os conocisteis? —Abrí los ojos sorprendida por la pregunta y ella se rio al igual que Alex—. Es broma, ya sé todo sobre ti. Mi nieto no para de hablar de ti en todo momento y ya veo por qué —afirmó y miré a Alex, suspirando.

De pronto el móvil de Alex comenzó a sonar y se levantó disculpándose, pues tenía que cogerlo. Yo me quedé con su abuela en el salón tomando un rico café y hablando de todo un poco. Era una mujer increíble. Me recordó a mi abuela, hacía mucho tiempo que no iba a visitarla y seguro que estaría muy enfadada conmigo. Ahora me tocaba a mí llevar a Alex para que la conociera, porque a mi padre aún no, para eso era demasiado pronto.

—Veo a mi Alex muy feliz y quería darte las gracias. —Fruncí el ceño y asentí—. Veras, él lo pasó muy mal cuando lo dejó su novia. Se iban a casar y esa mujer lo dejó plantado en la iglesia. —Mi cara de desconcierto fue notable y Leonor se sentó a mi lado para proseguir con la historia—. Ese día fue a buscarla a su casa para pedirle explicaciones, pues no sabía qué había pasado para que ella lo dejara así. ¿Y sabes qué pasó? —Negué y puse toda mi atención—. Ella no estaba sola, el primo de Alex estaba allí. Lo engañaron y desde entonces mi nieto no ha vuelto a sonreír, hasta ahora. Después de tanto años y con...

—¿Con qué? ¿Qué iba a decir, Leonor? —pregunté, confundida.

—Nada, cielo, la cabeza se me va. Deberías ir a buscar a Alex, está tardando demasiado —cambió de tema y asentí.

Leonor me había hecho muy feliz al decirme todo eso, pues me gustaba saber que yo era la que había conseguido hacerlo feliz de nuevo. Pero, por otro lado, había algo que no me quería contar, así que me levanté a buscarlo. Ella me dijo que aprovecharía el tiempo para preparar algo de comer, pues quería que nos quedáramos a cenar con ella. Salí al porche y lo encontré un poco alejado de la casa. Parecía estar hablando con alguien y lo vi cabreado. Me fui acercando poco a poco, tampoco quería interrumpir la conversación que estaba teniendo. Entonces escuché algo de lo que estaba hablando.

—No, no puedo ir este fin de semana. No le metas en esto, Jessica, no tienes derecho.

¿Quién era Jessica? Su abuela no me había hablado de ella, aunque tampoco tenía que hacerlo. Me acerqué un poco más y me di cuenta de que su voz sonaba triste y furiosa. Me quedé quieta, escuchando, y aunque no quería saber de qué estaba hablando, me picaba la curiosidad.

—Déjame en paz, por favor. Ya iré yo a por él... Sí, y también es mi hijo no lo olvides.

Al oír eso, me quedé estática, con mis pies clavados en el suelo. ¿Había dicho hijo? No quería molestarle, ya me diría lo que fuera que tuviera o quisiera decirme, así que me di la vuelta, pero al hacerlo escuché que su voz me llamaba. Me quedé quieta, dándole la espalda. No sabía cómo mirarle e incluso qué decirle. Entonces, sentí sus brazos rodear mi cintura y suspiré.

—¿Lo has oído? —preguntó, posando su barbilla en mi hombro.

—¿El qué?

—Todo. —Asentí y sentí como si después de esta conversación, todo se fuera a acabar. Mi pecho comenzó a comprimirse sin dejarme respirar con normalidad.

—Maya, no sabía cómo decírtelo.

—No tienes por qué decirme nada si no quieres. Casi ni nos conocemos.
—Decirle eso me dolió más a mí que a él o me equivocaba, puesto que me dio la vuelta y clavó sus ojos en los míos.

—No digas eso. Para mí eres alguien muy importante, Maya, mucho más que...

—Que tu hijo. ¿Ibas a decir eso? —Negó, rápidamente.

—No, no quise decir eso. Pensé que hablabas de Jessica. Lo siento —se disculpó y el nombre de esa mujer se metió en mi mente para hacer que pensara cosas que no debía.

Me quedé callada y pensativa, estaba claro que no debía pensar, no debía meter en mi cabeza lo que no era, pues eso me llevaba a malos entendidos. Pero es que ahora estaba confundida y todo se me estaba haciendo cuesta arriba.

—Ni siquiera sé quién es, aunque me hago una idea —afirmé—. ¿Ella es la mujer que te dejó plantado? —Asintió, agachando la mirada—. Pero estaba embarazada.

—Siento que te hayas enterado así, pero esto no tiene por qué cambiar lo nuestro. —Su voz sonaba temblorosa y llena de miedo.

Me solté de sus brazos, me estaba ahogando. No quería sentir su calor porque no tendría el valor de alejarme de él como estaba pensando. Comencé a caminar, convirtiendo mi silencio en respuesta, pero Alex no me dejó y vino tras de mí, volviendo a cogerme por la cintura para abrazarme, más no dejó que lo hiciera.

—Maya, por favor. No tiene que cambiar, por favor —repitió lo mismo y

me estaba cabreando.

—Te equivocas, Alex. Esto lo cambia todo. Yo no pienso separar a un niño de su padre, lo siento, pero no soy de esas —afirmé convencida.

—Jamás pienses eso. Sí, tengo un hijo ¿y qué? También puedo tener una bella mujer como tú a mi lado. No te preocupes por eso, que no me vas a separar de mi hijo —explicó tocando mi mejilla con dulzura, pero yo no estaba tan segura—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

No sabía si correr el riesgo o no. No sabía si quería seguir con él después de esto. ¿Qué haría? Le quería, eso estaba claro, demasiado en tan poco tiempo.

Alex me besó. Quise soltarme, separarme, pero no pude hacerlo. Nuestro amor comenzó por la música, algo extraño, era verdad, pero así fue y ya no sabía si amaba más a la música o a él. Alex se encargaba de que entre los dos también existiera la música, que eso no lo perdiéramos. Seguía besando mis labios y sus besos me llevaban a la locura.

Y comparar mi amor por la música con el amor que sentía por él, sí era una locura, pero era nuestra locura. Nuestra loca melodía.

FIN



TÚ EL ALMA, YO LA MÚSICA

Caminé y caminé mientras la música entraba en mis sentidos con fuerza. Llevaba así horas, sin saber a dónde ir y mucho menos sin intención de volver. ¿Para qué? Nadie me iba a echar de menos, nadie en su sano juicio sería capaz de echar de menos a una persona tan simple como yo. Me fui con la intención de esconderme de todo y todos, y ahora tenía que lidiar con esto; estaba embarazada y no sabía qué hacer. Con solo diecisiete años iba a ser madre.

Crucé la carretera con la intención de meterme en la cafetería que estaba justo al otro lado y cuando llegué, entré y me pedí un refresco; hacía demasiado calor y no era bueno para mi estado estar dando vueltas sin sentido y sin comer algo al menos. Menos mal que llevaba algo de dinero.

La camarera vino a preguntar qué iba a tomar y cuando se lo dije, se dio la vuelta tras echarme una mala mirada. No sabía que la gente en Fuengirola fuera tan seca.

Mientras esperaba, miré el móvil y releí los mensajes de mi hermana... bueno, mi prima. Dios, eso era algo que no era capaz de aceptar y mucho menos, olvidar. ¿Cómo habían sido capaces de mentirme de este modo? ¿Tan tonta pensaron que era que no me daría cuenta nunca? Solo había que fijarse un poco para ver que no me parecía en nada a mis padres y mucho menos a mi hermana. El carácter era lo único que nos unía y creo que solo fue porque en la convivencia, todo se pegaba.

Estaba tan ensimismada con el móvil, que no me di cuenta de que la camarera había sido tan torpe de tirarme la Coca-Cola encima, mojándome toda la camiseta.

—¡Joder! Ten más cuidado —dije, alzando un poco la voz.

—Lo siento... qué despiste —respondió, intentado secarme con la bayeta amarillenta que tenía para limpiar las mesas.

—Déjalo, por favor. Ya me seco yo.

Y antes de levantarme para ir hasta el baño y cambiarme de camiseta, que menos mal que cogí algo de ropa, un hombre moreno se acercó a nosotras y me miró con una sonrisa marcada en su perfecto y cuadrado rostro. Hizo que tragase saliva al fijarme en su boca.

—¿Necesitas ayuda? —Me preguntó, algo que molestó a la camarera.

Me di cuenta porque se dio la vuelta y se marchó algo ofuscada, diciendo cosas ininteligibles de las que solo fui capaz de escuchar una palabra: zorra.

—¡Zorra tu abuela! —Le grité. Más no se inmutó.

—Tranquila, Maca es buena chica. Es solo que a veces se le pasa la mano con alguna que otra clienta —la excusó el guapo que aún seguía sonriéndome de ese modo tan tierno.

—Siento el espectáculo —me disculpé, volviendo a sentarme. Me miré la camiseta—. Creo que...

—Tienes que cambiarte —me interrumpió—. Claro, ve. Yo te espero aquí. —Asentí y fui al baño.

Mientras me cambiaba, no dejaba de pensar por qué ese hombre se había acercado a mí, aunque por otro lado estaba segura de que en cuanto se enterara de mi problema, saldría corriendo, así como el padre de mi bebé. ¿Cómo pudo ser tan cabrón? ¿Cómo no me di cuenta cuando mi hermana me lo gritaba? Fui una estúpida que ahora se arrepiente pero que no es capaz de ponerse frente a su familia solo porque les fallé y me fallaron. Nos hicimos daño mutuamente y se me parte el alma que todo haya pasado así.

Cuando terminé, salí con la esperanza de que no estuviera sentado en mi mesa el desconocido que me sonreía de ese modo. Pero no, ahí estaba y yo no

sabía cómo actuar ante él.

—¿Mejor? —Se interesó. Más yo asentí con la cabeza sin ser capaz de pronunciar palabra.

—Gracias —musité en cuanto me puso delante otra Coca-Cola que, claramente, él había pedido para mí.

—No hay de qué. No eres de aquí, ¿verdad? —Negué—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Lorena y soy de la capital.

—Yo Roberto, encantado. —Me sonrió.

Nos quedamos unos segundos en silencio, mirándonos fijamente y pude comprobar que era mayor que yo, bastante mayor. Eso se notaba a leguas cuando tenías a un hombre delante y no a un niño que salía corriendo a la primera de cambio.

—¿Qué te trae por aquí, tienes familia?

Eran unas preguntas que me costaba responder, pero con él sentí esa protección que hacía tiempo no sentía y quise ser sincera con él.

—No tengo a nadie, estoy sola —sin embargo, mentí.

De verdad que quería contárselo, pero una parte de mí me obligaba a no hacerlo, a encerrarme en una burbuja para que nada ni nadie supiese nada de mí, solo lo que veía. «Soy Lorena y estoy sola», me repetí en silencio, una y otra vez, convenciéndome de ello.

—Lo siento, no tenía que haberte hecho esa pregunta —se disculpó cogiendo mi mano.

Por un momento, me sentí extraña. Nuestros ojos se quedaron anclados, el

uno en el otro y por unos instantes, creí que estaba en otro mundo, otra vida, en una que no tenía miedo a nada, solo vivía. Pero solo por un momento, pues rompí el contacto en cuanto sentí la vibración de mi móvil de nuevo. Ni siquiera lo iba a mirar, sabía que era mi madre, no paraba de llamarme, como si con eso fuese a volver.

Un silencio sepulcral se instaló entre nosotros, llevándonos a una curiosa incomodidad que me hacía gracia. No nos conocíamos de nada y parecíamos unos amigos que volvían a verse tras unos larguísimos años sin saber del otro. Era algo un poco absurdo y extraño, eso mucho más.

—No tienes por qué disculparte, no me conoces de nada y no puedes saber mi vida —respondí tras suspirar unas cuantas veces, buscando el modo de excusarme.

—Cierto, pero sí te conozco, te llamas Lorena —aseguró, mostrándome la mejor de las sonrisas. Y yo no pude escapar de sus encantos y solté una risotada seguido de un hipo.

«Que vergüenza», pensé sin poder parar. Roberto se rio un poco y mis mejillas se tiñeron de rojo en cuanto me guiñó un ojo. «¿Me estaba coqueteando?», pensé.

—Oh, lo siento, no quería que te sintieras avergonzada. —Negué, restándole importancia.

Pasamos toda la mañana hablando de algunas cosas de nuestra vida. Me enteré de que trabajaba de cocinero en uno de los mejores hoteles de la costa y me sorprendí de aquello, no me lo esperaba. Roberto a simple vista parecía el típico guaperas que tenía negocio propio o, en cualquier caso, un trabajo en el que tuviera que llevar traje todo el día y no uno en el que llegara a su casa con olor a fritanga. Aunque después me contó que él era el chef y que su comida

era de todo menos eso.

Sobre las dos de la tarde, insistió en invitarme a almorzar allí mismo en el bar y cuando llegaron las cinco, debía de seguir en mi búsqueda. Necesitaba algún hostel en el que quedarme hasta encontrar algún trabajo y poder pagar otra cosa.

—¿Sabes de algún hostel barato por aquí? Aún no sé donde me voy a quedar y...

—Sí, hay hostales, pero baratos no muchos. —Se quedó en silencio unos segundos, parecía estar pensando algo—. Quédate en mi casa, vivo solo y tengo dos habitaciones libres y, la verdad, paso tanto tiempo trabajando que apenas nos vamos a ver y...

—Espera, espera —le interrumpí, completamente incrédula por su propuesta—. No me conoces de nada. ¿Cómo me vas a meter en tu casa, así sin más? No sabes nada de mí, ni siquiera sabes por qué estoy sola aquí.

Se encogió de hombros, como si lo que le había dicho no tuviese importancia para él. Me quería ayudar y lo agradecía, pero ¿con qué fin? Nadie ayudaba a cualquiera a la primera de cambio. Todo esto me estaba sobrepasando y tenía que irme antes de hacer una estupidez de la que me podía arrepentir por el resto de mi vida.

Seguía siendo una niñata que no sabía lo que quería. ¿Cómo iba a dejarme ayudar sin desconfiar? Es en estos momentos en los que más recuerdo las palabras de mi hermana y cuando más avergonzada me sentía por no haber hecho caso a mi familia cuando lo único que querían era protegerme y enseñarme lo que la vida te daba y te quitaba si eras una inconsciente como lo era yo.

—Entiendo que te sorprenda lo que te estoy pidiendo y acepto que la

rechaces, pero no dormiré bien esta noche sabiendo que te quedas en la calle —dijo con seriedad, una que me hizo confiar.

—Es que es algo que no puedo aceptar. Yo solo... necesito encontrar un hostel que pueda pagar hasta que me salga un trabajo que me ayude a alquilar alguna habitación.

Roberto se quedó de nuevo en silencio, sopesando lo que le había dicho y solo en estas horas, ya había conocido su rostro cuando estaba pensando algo, era muy expresivo.

—Eso cambia las cosas. Si lo que quieres es trabajar, yo estoy buscando a alguien que limpie mi casa y bueno, sería de interna, así que tendrías que vivir en mi casa. —Sonrió complacido.

Me quedé con la boca abierta, jamás habría imaginado que saliese con esa proposición. No era real, todo esto no me estaba pasando a mí, no me merecía esta segunda oportunidad... no me merecía nada. Pero de nuevo la vida me la daba, me ayudaba a seguir adelante y ahora tenía miedo de que supiera más sobre mí, como que estaba embarazada y que era menor. ¿Cómo podía decirle todo eso? No me atrevía y preferí obviarlo hasta tener más confianza con él.

—¿Qué me dices? Pagaría bien, lo suficiente para que no le falte nada a tu bebé. —Abrí los ojos, sorprendida.

—¿Cómo lo has sabido? —titubeé.

—Cuando la Coca-Cola te ha mojado la ropa, se te ha pegado al cuerpo la camiseta. No quiero que tengas miedo, Lorena. Se nota que no lo estás pasando nada bien, soy muy observador y te he visto desde que has cruzado la carretera —declaró, provocando que unas estúpidas lágrimas cayeran sobre mis mejillas—. No sé qué te habrá pasado ni el motivo por el que has acabado

aquí, pero no me importa, solo quiero ayudarte... confía en mí y deja que te ayude, por favor.

Me sequé las lágrimas, buscando en mi interior la fuerza suficiente para poder afrontar todo esto y poder aceptarlo sin más, sin pensar en nada más que no fuera buscar un futuro para mi hijo. Tenía miedo, mucho a decir verdad, pero también lo tenía de volver a casa y ver los ojos acusadores de mi familia tras haberlos abandonados después de todo lo que habían hecho por mí. Me dolía tener que dañarles así, pero estaba segura de que los iba a dañar más quedándome.

Miré de nuevo a Roberto y asentí, aceptando su propuesta. Él sonrió y se levantó para después coger mi mano y levantarme para irnos a casa, su casa.

Media hora más tarde, estábamos entrando en su apartamento, uno precioso que me enamoró desde que cruzamos el pasillo hasta llegar al salón. Me gustaba y, aunque él estaba nervioso, yo lo estaba aún más. Supuse que por tener en casa a una embarazada que acababa de conocer en la calle.

—Ven, te enseñaré tu habitación.

Caminamos hasta el otro pasillo y tras dejar atrás tres puertas cerradas, abrió la del final para después dejarme entrar. Mis ojos se abrieron sorprendidos, era una habitación realmente grande, mucho más que la que tenía en casa de mis padres y me gustó la decoración juvenil que tenía. Parecía que la había usado alguien años atrás, se notaba.

—Es preciosa, gracias —agradecí, mirándole a los ojos.

Roberto estaba detrás cuando le miré, tuve que alzar la cabeza, pues era mucho más alto que yo. Me sonrió y sentí un cosquilleo extraño en mi vientre. Podría ser el bebé, ¿verdad?

—Era de mi hermana —expresó bajito, como si solo mencionarla le doliese.

—¿Y dónde está ella?

Mi pregunta hizo que se tensara y me cabreé conmigo misma por ser tan estúpida, no debí preguntar algo que parecía dolerle.

—Falleció hace unos años. —Tragó saliva.

—Lo siento.

Se encogió de hombros y dejó mi mochila en el suelo, no me dejó llevarla en todo el camino. Luego se dio la vuelta para salir de la habitación y agarré su brazo para prohibir que lo hiciera, debía saber si había hecho algo mal.

—No debí preguntarte, perdóname.

—No pasa nada, Lorena. Eso ya no importa. Te dejo un rato, estarás agotada. La cama tiene las sábanas limpias, pero si quieres cambiarlas, en el armario hay más. Y si necesitas una ducha, el baño es la siguiente puerta del pasillo, la otra es mi habitación —explicó con premura, buscando el modo de escapar de mí y esa habitación.

Lo dejé marchar en cuanto terminó de explicarme todo y suspiré cuando me quedé sola. Cogí la mochila y la puse sobre la cama para empezar a sacar mis cosas y colocarlas; no es que tuviese demasiado, pues la mitad de mi vida se había quedado en casa, como mi corazón. La verdad era que en este momento, no era yo misma, no me sentía bien, pero tampoco podía ponerme frente a mi familia y decirle cuánto lo sentía, pues para eso, debía perdonarles a ellos también y no podía... no podía.

Cogí unos pantalones cortos y una camiseta holgada para después salir de mi habitación e ir al baño a darme una ducha, la necesitaba con urgencia.

Cuando salí al pasillo, no escuché ruido cercano, así que supuse que Roberto se habría ido a algún lado, estaba tan mal que seguramente estar aquí encerrado, era peor que un castigo y escapar a veces era la mejor opción.

Me duché con tranquilidad, disfrutando del momento como si fuese la última vez en mi vida y cuando terminé y me vestí, salí dispuesta a ponerme a hacer algo, no estaba cansada y ya dormiría por la noche.

Los siguientes días fueron así. Limpiar y recoger, como un ama de casa aunque en mi vida había llevado una. Roberto trabajaba y por la noche traía comida del propio hotel para que cenáramos juntos, luego cada uno se metía en su habitación y así día tras día. Solo un par de noches nos quedamos hablando hasta las tantas, conociéndonos un poco mejor y la verdad es que era un gran hombre, un poco loco por las desventuras amorosas que había tenido, pero también con mala suerte en el amor, así como yo. «Como si yo tuviera esa experiencia». No, no la tenía, no con la edad que tenía.

Una mañana me levanté temprano, cansada de estar en la cama y como él estaba de descanso, me propuse prepararle el desayuno y arreglar la casa con el fin de pedirle que me acompañase al médico, tenía una ecografía y no quería ir sola.

En la cocina había una radio y metí un *pen drive* que había sobre este y puse la primera canción, sorprendiéndome cuando la escuché. Tras esa, sonó otra y otras mientras preparaba zumo de naranja. Entonces sonó una canción de mi cantante favorito, Sebastián Yatra. Era una de las del nuevo disco, *En guerra*.

Comencé a tararearla a la vez que escuchaba desde el pasillo una voz cantando. Lo hacía bastante bien. Roberto cantaba esta canción que tanto me gustaba.

—Ser como tú, que haces girar el planeta. —Llegó a la cocina—. Cuando me besas con esa inocencia y no te das cuenta, mi mundo lo llenas de luz.

Nos miramos unos segundos. O minutos, no lo sé. Mi corazón comenzó a latir fuerte pues esas palabras, aunque fueran de una canción, las dijo mirándome a mí, solo a mí. Y puede que me estuviese volviendo loca por esto, puesto que yo no tenía ninguna oportunidad con este hombre, no cuando éramos tan diferentes y cuando él aún no sabía ni la edad que tenía.

Caminó conforme la música seguía sonando y se puso frente a mí, cerca, muy cerca y tragué saliva cuando sus manos se posaron en mi cintura y me apretó contra su pecho para después comenzar a mecerse, bailando esa canción conmigo, solo conmigo. Mi corazón seguía sin poder dejar de latir, sin tener una tregua para relajarse y sentí como el suyo también lo hacía. También latía como el mío, lo escuché cuando posé mi cabeza sobre su pecho, en ese lado tan perfecto que señalaba cada sensación que sentíamos cuando teníamos delante a la persona que queríamos.

La canción terminó. Subí mi rostro para mirarle y él ya lo hacía, me miraba. No sabía cuánto tiempo había pasado. No sabía lo que iba a pasar después de este momento. No sabía nada y mucho menos cuando sus labios chocaron con los míos, haciendo que mis piernas flaquearan y tuviera que agarrarme con fuerza para no caerme de rodillas.

Roberto me abrazó, me apretó con delicadeza, buscando la conexión que ya teníamos desde que nos vimos la primera vez y dejé que hiciera lo que quisiera, no podía escapar del beso, de sus labios, de él. Al sepáranos, ambos respirábamos con dificultad y pensé que se daría cuenta de la cagada y se largaría lejos de mí, pero no, no lo hizo.

—Tú el alma, yo la música —me dijo en un susurro casi audible.

Me quedé en silencio, buscando una explicación para esas palabras, pero no las encontraba, no las entendía. Él pareció darse cuenta y sonrió de lado, poniéndome mucho más nerviosa de lo que ya estaba.

—Es lo que has provocado en mi vida, Lorena. Me has dado el alma que no tenía, que había perdido, y este momento ha sido el que ha hecho que me diera cuenta...

—Me gusta. —Sonreí.

Y él sabía que no me refería a lo que me estaba diciendo, para eso ya tenía respuesta, mi corazón se lo había dicho.

—Alma, como su nombre —dije tocándome el vientre.

Asintió con una gran sonrisa y volvió a besarme con dulzura mientras la música seguía siendo la protagonista de nuestro pequeño momento, uno que no iba a olvidar nunca en mi vida. Siempre iba a tener en mi mente y en mi corazón todo lo que este hombre estaba haciendo por mí sin apenas conocerme. Sería su alma, para tener la música en mi vida.

FIN